DETRÁS DEL VELO

Gemma Herrero Virto

Gemma Herrero Virto

Copyright 2018 Gemma Herrero Virto

Título: Detrás del velo

Autor: Gemma Herrero Virto

www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2

Twitter: @Idaean

Revisión: Julen Díaz Llorente

Diseño de cubierta: Gemma Herrero Virto

Copyright de la presente edición: © 2018 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 12 de febrero de 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Si ya lo has descargado ilegalmente de alguna página de Internet, tampoco vamos a llorar. Si te ha gustado, al menos pásate a dejar un comentario por Facebook o Twitter, que eso no paga las facturas, pero me alegra el día ;-)

Que se llenen tus ojos de amaneceres largos
De azules imposibles, de naranjas templados.
Que gaviotas se roben tus recuerdos amargos
Y los cubran con nubes de reflejos dorados.

Que se aparte por siempre esta noche infinita.
Que se lleve consigo el frío de la tarde.
Porque no quiero ver estas hojas marchitas
Y no quiero creer que tu luz ya se apague.

1- El espejo
2- El alto de la Cruz
3- El paciente de la 301
4- Confuso despertar
5- El ser que habita en mí
6- Oscuridad
7- Quedaos conmigo
8- Un beso de buenas noches
9- El piso del pianista
10-El contenedor
11-Una pequeña mancha de moho
12-Hugo
13-El spa del alma
14-Mañana moriréis
15-¿Hasta que la muerte os separe?
16-El vigilabebés
17-¿Más allá?
Nota de la autora
Otras obras publicadas

El espejo

Nada más desempaquetarlo, volví a alegrarme de haber encontrado aquella ganga. Era precioso, una perfecta imitación de un espejo antiguo. Pasé los dedos por las suaves curvas del oscuro marco de madera que parecía tallado a mano. Era una obra de arte. No podía creerme que sólo me hubiese costado veinte euros.

Lo llevé con cuidado a la habitación. Medía más de un metro y pesaba bastante. Lo colgué sobre la cómoda y retrocedí unos pasos para contemplar cómo quedaba. Era perfecto para el estilo vintage de mi dormitorio. Recogí del suelo un jarrón con flores secas para colocarlo sobre la cómoda y contemplar el efecto en conjunto. Al subir la cabeza, me pareció ver algo en el espejo, una leve sombra en la superficie, pero al segundo siguiente lo único que vi fue mi propia imagen con un jarrón de flores en las manos. Lo coloqué y me marché a trabajar.

Aquella noche me acosté a las diez, como hacía siempre, y pasé la siguiente media hora leyendo. Cuando noté que los párpados comenzaban a pesarme, apagué la luz de la mesilla. Un rato después, comencé a oír un extraño ruido. En el primer momento, me pareció un sonido lejano, quizá parte de un sueño que se negaba a desvanecerse. Traté de seguir durmiendo, pero el ruido se repitió. Era como si algo pequeño golpease contra un cristal una vez y otra vez y otra… Me senté en la cama e intenté averiguar la causa de aquel sonido. ¿Habría alguien tirando piedras contra mi ventana? Era imposible. Vivía en un quinto piso. Me planteé que podría ser un pájaro, pero entonces recordé que tenía la persiana bajada. ¿Qué era aquel ruido entonces? Los golpes volvieron a repetirse, creciendo en frecuencia e intensidad. Sentí que toda la sangre de mi cuerpo se congelaba y que mis miembros se paralizaban. El sonido provenía de dentro de la habitación, del espejo situado sobre la cómoda. Durante unos momentos me planteé que alguien había entrado en casa, que encontraba un sádico placer en advertirme de su presencia y que me mataría en cuanto se diese cuenta de que estaba despierta. Con la

mano temblorosa, palpé el cabecero de la cama hasta encontrar la luz de la mesilla. Mi respiración acelerada ya debía haber advertido al intruso de que le había descubierto. Tendría más posibilidades de defenderme si podía verlo. Encendí la luz, pero allí no había nadie. Estaba sola en la habitación.

Me levanté, corrí a la cocina y, tras elegir el cuchillo más grande, revisé toda la casa. No había nadie. Poco a poco me fui calmando y los latidos de mi corazón volvieron a la normalidad. Sólo había sido una de esas alucinaciones que se dan entre la vigilia y el sueño. Había oído hablar de ellas en Cuarto Milenio. No había nada de lo que asustarse.

A la mañana siguiente me levanté sintiéndome cansada y ridícula. Contemplé el espejo y le lancé una sonrisa burlona a mi imagen. Me preparé y fui a hacer unas compras. Cuando regresé, me di una ducha y me vestí para ir a trabajar. Cuando fui a contemplar mi aspecto en el espejo, vi que el jarrón estaba volcado hacia delante. Tuve el ridículo pensamiento de que alguien lo había empujado desde el otro lado y un nuevo escalofrío recorrió mi espalda. Me reñí por lo tonta que podía llegar a ser y me prohibí a mí misma ver películas de terror durante una temporada, al menos hasta que aprendiese a controlar mi imaginación desbocada.

De nuevo llegó la noche. Me metí en la cama sintiéndome intranquila. Notaba todos los músculos en tensión y una especie de corriente eléctrica que parecía surcar mi piel. Tenía que acabar con aquella tontería. No podía dejar que un miedo ridículo me expulsase de mi propia casa. Respiré lentamente un par de veces, apagué la luz de la mesilla y me tapé hasta la nariz con las mantas mientras le daba la espalda al espejo.

Al cabo de un rato comenzó de nuevo. Al principio fue tan tenue que pensé que lo estaba imaginando. Alguien daba golpecitos al cristal y lo arañaba lentamente con las uñas. Me senté en la cama, temblando en la oscuridad sin saber qué hacer. Los golpes fueron haciéndose más fuertes, más apremiantes, más desesperados… Encendí la luz y contemplé el espejo sin poder moverme de la cama,

con la mirada atrapada por su superficie. Y entonces lo vi. El cristal comenzaba a deformarse como si estuviera hecho de tela y alguien apretase desde el otro lado. Incluso distinguí la forma de dos pequeñas manos empujando, clavando las uñas para tratar de rasgarlo.

Mi cuerpo tomó el control. Tenía que huir de allí antes de que aquel ser consiguiera salir. Recogí a toda prisa el bolso y la ropa que acababa de quitarme y salí de casa a la carrera. Me cambié en el ascensor y dediqué la noche a recorrer las calles desiertas de la ciudad, tratando de calmarme. Ya no podía seguir engañándome. Sabía que no estaba dormida, que no había sido un sueño. Tenía que librarme de aquel espejo.

Esperé hasta que se hizo de día, hasta que el sol brillante y el ruido de la ciudad despierta me dieron el valor suficiente para regresar. Entré en mi habitación temblando, temiendo que el ser hubiera conseguido salir de su encierro y estuviera esperándome, pero sólo encontré mi dormitorio de siempre y un espejo normal que me mostraba mi rostro ojeroso y desquiciado. Sin dudarlo un segundo, cogí una bolsa grande de basura y, tras descolgar el espejo, lo metí dentro. A pesar de que era pesado y difícil de llevar, salí de casa lo más rápido que pude y lo tiré a un contenedor. Oí cómo se destrozaba en mil pedazos. Siete años de mala suerte para mí. Me dio igual. Me pareció un precio pequeño por haberme librado de él.

Regresé a casa sintiéndome libre y feliz. Estaba segura de que, en unos días, podría convencerme a mí misma de que todo había sido producto de mi imaginación, del estrés de los últimos meses. Era normal: acababa de romper con mi novio de toda la vida y no conseguía acostumbrarme a vivir sola, estaba preocupada por conseguir un ascenso en el trabajo… Toda aquella línea de pensamientos se detuvo en cuanto entré en mi habitación. El espejo estaba allí, sobre la cómoda, como si nunca lo hubiera movido.

Salí de la habitación caminando hacia atrás, sin separar la vista del espejo, como si temiera que en cualquier momento fuera a atacarme. Pero no ocurrió nada. El espejo fingía ser un espejo normal. No pasaría nada hasta que llegara la noche.

Fui al salón, encendí mi portátil y empecé a buscar información: según la magia china, los espejos servían para invocar demonios; según las tradiciones irlandesas, había que cubrirlos cuando alguien moría en la casa para evitar que su espíritu quedase atrapado dentro… Nada de aquello me servía. Sólo se me ocurría una solución. Abrí la página que necesitaba y comencé a escribir:

Vendo espejo de un metro de alto. Estilo vintage con marco de madera de roble envejecida en perfecto estado. Veinte euros. Gastos de envío incluidos.

El Alto de la Cruz

Debería haber hecho caso a mi familia. No es buena idea hacer el Camino del Norte en pleno noviembre. Sé que mi jefe no quiere darme las vacaciones en otra fecha, pero tendría que haber planeado un viaje a algún país tropical. Ahora mismo estaría tumbado en la playa con un mojito en la mano, resguardado del sol bajo una sombrilla, disfrutando de la brisa marina y de la visión de los cuerpos de algunas mulatas. Lástima que no les hice caso…

En lugar de estar en un idílico paraíso, estoy en medio de Asturias en un día nublado, frío y oscuro. Antes de salir pensaba que esto sería una gran aventura, una manera de probar mis límites y saber de lo que era capaz. Ahora me pregunto continuamente qué necesidad tenía de probar nada. Ni siquiera hay nadie aquí para verlo.

Este día está siendo mucho peor que todos los anteriores. A mi cansancio y mi colección de ampollas hay que sumarle este tiempo infernal. Supongo que se deberá al agotamiento, pero hoy, que tenía por delante una jornada larguísima, me he levantado muy tarde, he empezado el día desganado y encima me he perdido. Como estaba tan cansado, me he metido en Villaviciosa a parar un rato y he acabado comiendo allí. Al peso de mi mochila y de mi desánimo tengo que sumar ahora el plato de fabes y el cachopo para dos que me he metido entre pecho y espalda. Resulta muy difícil caminar con esto en el estómago y mi mente no cesa de repetirme que va a ser imposible que suba el Alto de la Cruz, monte temido por todos los peregrinos del Camino de Santiago, con semejante lastre.

A pesar de todo, continuó avanzando a paso de tortuga. Desde que salí de Villaviciosa, estoy moviéndome a la trepidante velocidad de tres kilómetros por hora. Si sigo así, se me hará de noche mucho antes de que pueda llegar a Gijón, antes incluso de terminar de escalar ese puñetero monte.

La luz es ya muy débil. El sol está oculto tras enormes nubes negras que amenazan con empezar a descargar sobre mi cabeza en

cualquier momento. Intento apresurar el paso, pero acabo de internarme por un camino cubierto de piedras sueltas y afiladas que se empeñan en ir recordándome dónde tengo cada una de mis ampollas.

Me paro a beber un trago de agua y dirijo la mirada hacia lo alto. En cuanto pase los siguientes trigales, el camino empezará a elevarse hacia la montaña. Siento que hasta el alma me pesa, pero guardo la cantimplora y vuelvo a ponerme en marcha. No me sirve de nada quedarme aquí parado quejándome. No hay nadie que pueda oírme, nadie que vaya a ayudarme. Lo único que puedo hacer es seguir andando.

Empiezo la ascensión por una estrecha carretera que va rodeando la montaña. Aunque es una cuesta continua que no da descanso, al menos el terreno es más firme y no supone una tortura para mis doloridos pies. Las primeras gotas empiezan a repiquetear sobre mi mochila. Me paro y me coloco el chubasquero, cubriendo con él la mochila para que no se moje mi ropa y provisiones. La lluvia arrecia, como si se riera de mis intentos de librarme de ella. Un viento helado sopla contra mí, haciendo que cada paso de este ascenso suponga un triunfo.

Cuando por fin diviso unos edificios, ya lo tengo decidido. Me marcho. Esto ha sido una absoluta gilipollez y todavía me quedan diez días de vacaciones. Buscaré un viaje barato a Canarias para malgastar mi tiempo tirado en una tumbona, sin dar ni un solo paso que no sea imprescindible.

Cuando estoy más cerca del pueblo, me doy cuenta de que es muy pequeño y parece casi abandonado. La mayoría de las casas tiene las puertas tapiadas y las ventanas clausuradas con tablas de madera. El resto de edificaciones está prácticamente en ruinas. Les falta el tejado o alguna pared y la hiedra y las malas hierbas se han adueñado de ellas.

Tengo ganas de echarme a llorar, pero se me pasan cuando veo una marquesina de autobús al otro lado de la carretera. Estoy seguro de que cualquier autobús que pase podrá llevarme a Gijón o a Villaviciosa. Desde allí será fácil encontrar otro que me devuelva a

Bilbao. Quizá esta misma noche pueda dormir en mi cama.

Estoy cruzando la carretera hacia la marquesina cuando veo una sombra oscura que se acerca. Me pongo la mano sobre los ojos para evitar que la lluvia me ciegue y trato de descubrir quién es. Parece un hombre anciano con un impermeable de color oscuro y un gorro enorme que casi le oculta el rostro. Ignorando el dolor de mis pies, me apresuro a interceptarle:

—Buenas tardes, señor —le saludo para que no se asuste —. ¿Podría decirme a qué hora pasa el autobús?

—Ay, el autobús… No hay autobús, guaje. Quitáronlo hace ya muchos años, cuando el accidente…

—Pero hay una marquesina… —protesto, negándome a creer en mi mala suerte.

—Sí, la marquesina dejáronla ahí, pero autobús ya no lo hay.

—¿Y cómo se sale de este pueblo?

El hombre se ríe, desvía la mirada al suelo y levanta primero un pie y después el otro:

—Con los zapatos, hijo, con los zapatos…

Sin decir nada más, continúa su camino riéndose entre dientes. Yo le maldigo en voz baja. A él, a este pueblo dejado de la mano de Dios, a mi mala cabeza y a toda Asturias en general. Como respuesta a mis maldiciones recibo una lluvia aún más fuerte aderezada con rachas de viento glacial. Sin pensarlo un segundo, cojeo hasta la marquesina. Aunque no vaya a haber autobuses, me refugiaré en ella a esperar a que escampe un poco. Además, supongo que algún coche pasará de vez en cuando por este rincón perdido, así que quizá pueda conseguir que pare y me acerque a un lugar civilizado.

Media hora después, me siento aún más desesperado. No he visto ni un solo coche ni a ninguna otra persona. La lluvia es cada vez más fuerte y está empezando a anochecer. Me siento tan solo y desamparado que tengo ganas de llorar.

En ese momento escucho el ruido de un motor que se acerca.

Me cuelgo la mochila de cualquier manera y doy un par de pasos hacia la carretera. Quien sea que venga va a tener que elegir entre parar y ayudarme o pasarme por encima. Me froto los ojos, tratando de secar la lluvia para ver mejor, porque no puedo creerme lo que estoy viendo. Es un autobús, un puñetero autobús de línea. En la parte superior lleva un letrero que indica "Gijón-Villaviciosa". Supongo que al viejo al que pregunté le debió parecer muy gracioso gastarme una broma y hacer que siguiera andando. O quizá sea un talibán del Camino de Santiago que considera que es trampa que los peregrinos cojan cualquier medio de transporte. Me da igual. Ni siquiera le guardo rencor. Lo único que quiero es salir de aquí y encontrar la manera de regresar a casa.

El autobús para a mi lado y las puertas se abren con el sonido de la respiración de un viejo asmático. Entro chorreando, me coloco al lado del conductor y le tiendo un billete de cinco euros arrugado y un poco húmedo. El hombre me devuelve unas monedas que guardo en el bolsillo sin mirar siquiera. En este momento le habría dado todo el dinero que tengo en el banco para que me sacara de este infierno.

—Muchas gracias. ¿Este autobús va a Gijón o a Villaviciosa?

El conductor no contesta. Se limita a cerrar las puertas del autobús y arranca. Me quedo ahí parado, esperando una respuesta que no llega. Igual piensa que le estoy tomando el pelo, que nadie puede estar tan desorientado como para no saber hacia dónde lleva la carretera. A pesar de que estoy a su lado, el hombre no se gira hacia mí ni una sola vez. Continúa mirando al frente, concentrado en conducir. Ya es casi de noche y la carretera no está iluminada. No me extrañaría su concentración extrema si no fuera porque lleva gafas de sol. Estoy seguro de que podría ver mucho mejor si se las quitara. Cuanto más le miro, más extraño me parece. A pesar del frío, sólo lleva una camisa arremangada hasta los codos. Está sucia, llena de lamparones oscuros. Me esfuerzo en creer que son manchas de barro, aunque mi mente me sugiere que parece sangre reseca.

Alrededor de su cuello hay una marca extraña. La piel está irritada y enrojecida, como si se hubiera rozado con algo. No puedo

distinguirlo muy bien en la penumbra, pero supongo que será un eczema. Sinceramente me da igual. Por mí puede tener lepra y empezar a caerse a cachos, siempre que me deje antes en algún sitio con autobuses a Bilbao.

Recojo la mochila y empiezo a andar por el pasillo. No hay nadie más en el autobús. Esto está empezando a ponerme nervioso. Si no fuera porque ahora mismo estoy muy agradecido de salir de aquí, me plantearía poner una reclamación. Nunca he visto un autobús en un estado tan lamentable. Las ventanas están rotas y la lluvia moja los asientos. El viento recorre el pasillo, ululando como el lamento de un alma en pena. Los asientos están rajados y el relleno asoma como las entrañas de un hombre destripado. Todo está sucio, cubierto por oscuras manchas de un color indefinido entre el rojo y el marrón.

Camino hasta el final del autobús y elijo el asiento central de la última fila, tratando de que la lluvia que entra por los laterales no me alcance. Es un intento inútil. El cristal trasero también falta y, de vez en cuando, entra una ráfaga de lluvia helada que me golpea la nuca. Vuelvo a ponerme el gorro del impermeable para evitar que las gotas heladas desciendan por mi cuello y me congelen la espalda.

El autobús ha terminado de ascender el puñetero Alto de la Cruz. Miro cómo pasamos la cumbre con un extraño sentimiento de melancolía. Llevaba días comentando con otros peregrinos lo dura y difícil que parecía esta subida. En aquellos momentos me lo había planteado como un desafío, un bonito reto. Me había imaginado coronándolo con esfuerzo y parándome en lo alto a ver el impresionante paisaje, respirando profundas bocanadas de aire fresco y limpio y sintiéndome durante unos minutos como el rey de la montaña, como alguien que puede afrontar cualquier dificultad y salir victorioso.

En lugar de eso, estoy sentado en un autobús desvencijado y mugriento, empapado y congelado, tratando de encogerme para conservar el poco calor que produce mi cuerpo, sintiéndome triste, solo y acabado. Sintiéndome un perdedor. Trato de mirar por la ventanilla para distraerme con el paisaje, pero una niebla espesa y

grisácea lo cubre todo.

Lo que sí puedo apreciar a través de la ventanilla es que vamos demasiado rápido. El conductor apura las curvas al máximo, como si estuviéramos en una carrera de Fórmula 1. Me planteo que quizá el conductor sea un gran admirador de su paisano Fernando Alonso. Aunque sea el caso, me parece que se la está jugando demasiado para mi gusto y que debería decirle algo.

Dejo la mochila bien asegurada en el suelo y me levanto para ir a hablar con el conductor. En cuanto pongo un pie en el pasillo, la velocidad del autobús se incrementa, haciendo que mi cuerpo se vea impulsado hacia atrás para volver a caer en el asiento. Ésa es la gota que hacía falta para colmar mi paciencia. Vuelvo a levantarme y, agarrándome a la parte superior de los asientos, avanzo por el pasillo dispuesto a pagar con ese hombre todas mis frustraciones y mi mala hostia acumulada.

Hay algo pringoso en los asientos, algo húmedo y pegajoso. Me miro la palma de la mano derecha, mientras sigo agarrándome con la izquierda, y encuentro un líquido espeso y de color rojo brillante. Es sangre. Estoy seguro de que es sangre. Miro alrededor y veo que lo cubre todo. Los asientos, los trozos de cristal que quedan en las ventanillas, las paredes… Incluso cae del techo en goterones espesos y pesados. Tengo que estar soñando. Esto es una puta pesadilla. Seguramente sigo durmiendo en el albergue de Sebrayo y nada de lo que he vivido en este día ha sucedido en realidad.

A pesar de que intento convencerme de que todo es un sueño, las sensaciones son demasiado reales. Noto la sangre rodeándolo todo. Incluso puedo olerla, un hedor metálico que impregna el aire. Mi estómago se revuelve y me inclino hacia delante. Me pringo las botas de restos de fabes y trozos de cachopo a medio digerir. Si esto es un sueño, es la pesadilla más realista y con más detalles que he tenido en mi vida.

Decido que me da igual si es un sueño o no. Quiero bajar de este puto autobús. Le diré al conductor que pare, recogeré mi mochila y seguiré andando. Después de todo, ya sólo me quedaría bajar el

monte para llegar al valle de Peón. Desde allí podré encontrar algún modo de ir hasta Gijón y regresar a casa. Vuelvo a avanzar por el pasillo, pero el conductor da otro brusco acelerón que casi me hace caer de culo.

—¿Está usted loco? —le grito, furioso—. Nos vamos a matar.

El conductor no me contesta. Mira hacia atrás, mientras sigue presionando el pedal del acelerador con todas sus fuerzas. Me sonríe, pero no es una sonrisa amable con la que trate de tranquilizarme. Es la sonrisa de un loco, de alguien a quien ya no le importa nada. Miro por el cristal delantero del autobús. Debemos ir a más de cien kilómetros por hora por una cuesta abajo resbaladiza y llena de curvas. Más adelante, la carretera parece desaparecer tras una curva cerrada, pero el conductor no gira. Ni siquiera mira hacia allí. Sigue acelerando y acelerando mientras me sonríe.

Me meto en un asiento a toda velocidad y me hago un ovillo, tratando de protegerme el cuello y la cabeza. El autobús se despeña y empieza a dar vueltas de campana a una velocidad exasperantemente lenta. Veo todos los detalles: los trozos de cristal cayendo, las ramas de los árboles entrando por las ventanillas, como el suelo se convierte en techo y luego en suelo y luego en techo… Durante esos segundos no escucho el ruido del metal ni de los cristales rotos. Sólo oigo gritos de terror y llantos histéricos, como si estuviera rodeado de muchísima gente. Por encima de todo ello se oye una risa enloquecida. Luego todo se detiene, menos los gritos y los llantos.

Abro los ojos y los veo, rodeándome. Hay gente atrapada entre los asientos. Están cubiertos de sangre, de arañazos y golpes. Las ramas que han entrado por las ventanas han cortado la piel y la carne, han seccionado miembros… Veo a una mujer, dos asientos por detrás de mí, agitando los brazos para pedirme ayuda. No sé si la persona sentada a su lado era un hombre o una mujer. No tiene cabeza.

Oigo el llanto histérico de un bebe, algo más adelante. Tiene el pelo cubierto de sangre. Creo que no es suya, sino de su madre. La mujer está recostada en el asiento, con los brazos rodeando aún a su hijo. Tiene los ojos cerrados, como si durmiera, y no se mueve. La

sangre brota de un corte en su cuello, bañando al niño con un manantial rojizo.

Escucho unos pasos avanzando por el pasillo. Es el conductor. Se ha levantado de su asiento con un hacha en la mano y empieza a rematar a los pasajeros que todavía se mueven. No sé qué hacer. Estoy paralizado. La parte de mi cerebro que aún funciona me dice que tengo que intentar ayudarles. Otra parte de mi cerebro, que me parece mucho más inteligente en este momento, me dice que esa gente no estaba allí y que huya.

Me levanto del asiento sin estar seguro de que mis piernas vayan a sostenerme. Parece que no tengo ninguna herida grave y que todos mis miembros funcionan. Sin pensarlo dos veces, salto por el hueco de la ventanilla más cercana.

No consigo aterrizar bien. Me tuerzo el tobillo y la rodilla izquierda. El dolor es punzante y agudo. Parece estallar en mi cerebro, pero no tengo tiempo de prestarle atención. A mi espalda, escucho un siseo largo y lento. Son las puertas del autobús al abrirse. Viene a por mí.

Miro un momento por encima del hombro. Ahí está, con las mangas de la camisa recogidas y los antebrazos cubiertos de sangre fresca. Sigue luciendo las gafas de sol y esa sonrisa de loco. Sin detenerme un segundo más, me pongo en pie y empiezo a correr.

El autobús ha caído por una empinada ladera cubierta de árboles hasta quedar detenido contra el tronco de un ancho roble. Lo rodeo y corro cuesta abajo, tan rápido como me lo permiten las piernas. No noto el dolor del tobillo ni de la rodilla ni de las ampollas… Nada de eso importa. Estoy corriendo para salvar mi vida.

La lluvia incesante ha convertido la ladera en una pista de patinaje. Mi mente me sugiere que debería tener cuidado y reducir la velocidad si no quiero abrirme la cabeza, pero no le hago caso. Sigo corriendo tan rápido como puedo, apoyándome en los troncos de los árboles para no resbalar.

No sé cuánto tiempo corro por este bosque, pero me parece

eterno. La luz del día se ha desvanecido por completo y no consigo divisar ninguna farola ni las luces de ningún pueblo. Estoy solo a merced de ese loco. Me detengo un segundo, apoyado en el tronco de un árbol, tratando de recuperar el resuello. Echo la vista atrás para asegurarme de que he escapado y le veo. Camina hacia mí tranquilo, con el hacha oscilando en su mano derecha. No puede ser. Esto me reafirma en la idea de que estoy en un sueño, uno de esos en los que el asesino te acabará cogiendo por mucho que corras. Tengo que despertar.

Vuelvo a correr, aunque la respiración me falla. Mi pecho emite silbidos ahogados y el costado me duele como si me hubieran clavado un puñal. Me siento agotado y el paisaje frente a mis ojos se nubla y baila. No puedo desmayarme. Tengo que seguir corriendo.

Continúo descendiendo, resbalando y golpeándome contra los troncos, que al menos evitan que me despeñe. Por un momento temo haber quedado atrapado en esta pesadilla para siempre. Quizá he muerto en el accidente y esto es mi infierno particular: huir sin descanso de un asesino que siempre estará detrás de mí, a unos pasos de distancia.

Miro un momento hacia atrás para asegurarme de que no me está alcanzando. Ni siquiera tengo tiempo de verle. Tropiezo con una piedra y empiezo a rodar ladera abajo. Me golpeo con otras piedras, con los troncos de los árboles, me araño la cara y los brazos con arbustos y espinos… Me da la impresión de que cada vez me deslizo más rápido y de que no pararé nunca, pero esa impresión dura poco tiempo. Un grueso tronco detiene mi descenso. Me golpeo el estómago con tanta fuerza que durante unos segundos no consigo respirar.

En el silencio del bosque escucho sus pasos sobre la tierra mojada. Cada uno de ellos produce un repulsivo sonido de succión, como si caminara sobre babosas. Al menos me da la impresión de que está más lejos. Mi caída me ha hecho ganar unos metros. Intento levantarme para aprovechar esa ventaja, pero me falla la rodilla. Tengo ganas de llorar. Si no me muevo, no tardará más de un par de minutos en atraparme.

Me escondo tras el tronco del árbol y miro hacia arriba. Él se acerca, poco a poco, sin ninguna prisa, seguro de que al final conseguirá atraparme. En el silencio reinante sólo escucho sus pasos lentos y mi corazón retumbando con la fuerza de un tambor. Estoy seguro de que él también podrá oírlo.

Ya está muy cerca, a menos de diez metros. Me encojo todo lo que puedo detrás del árbol, tratando de no hacer ningún ruido. Ni siquiera me atrevo a respirar. Le oigo al otro lado del árbol. Va a cogerme y no podré hacer nada para defenderme. Busco a mí alrededor cualquier cosa que pueda servirme de arma: una piedra grande, un palo… Sin embargo, estoy tan paralizado por el miedo que no consigo moverme.

De repente, los pasos empiezan a alejarse. Me asomo con cuidado, temiendo que pueda ser una trampa, pero veo su figura de espaldas, internándose entre las sombras del bosque. No sabe dónde estoy. Quizá aún tenga una oportunidad.

Cuando dejo de escucharle, me fuerzo a ponerme de pie y continuar bajando, tratando de no apresurarme y de hacer el menor ruido posible. Recojo un grueso palo del suelo. Me servirá de apoyo para mi pierna herida y quizá pueda usarlo para defenderme en caso de que el hombre regrese a por mí.

Varios minutos después el bosque comienza a hacerse menos espeso y me permite ver una carretera más abajo. No es más que una carretera secundaria, totalmente vacía a estas horas de la noche, pero su visión provoca que mis ojos se llenen de lágrimas. Tiene que llevar a algún pueblo, a algún sitio donde haya gente que pueda ayudarme.

Cuando llego a la carretera, me permito empezar a llorar, pero no me detengo. Continúo avanzando con esfuerzo, apoyado en el palo para no caer. Creo que, si me derrumbo ahora, no seré capaz de levantarme y no estoy seguro de si he despistado de verdad al hombre o si aparecerá de repente entre los árboles cercanos, enarbolando su hacha mientras me sigue sonriendo. El miedo me invade, haciéndome sollozar como un chiquillo.

Al girar una curva del camino, distingo unas luces más adelante. Me siento como si acabara de alcanzar el paraíso. A pesar de mi agotamiento y del dolor, me fuerzo a avanzar aún más rápido. No puede cogerme ahora que estoy tan cerca.

Según me voy aproximando, me doy cuenta de que las luces pertenecen a un restaurante. Hay varios coches aparcados fuera. En la terraza se pueden ver muchas mesas y bancos de madera, pero con este día están desiertos. Por suerte, veo luz por las ventanas y escucho el ruido de la música, el tintineo de los vasos y cucharillas y las conversaciones de la gente. Me siento tan aliviado que los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

Abro la puerta del bar y me meto dentro. Las conversaciones se detienen al instante y todas las miradas se fijan en mí. No me extraña. Tengo la ropa destrozada y llena de barro. Mis brazos están ensangrentados y cubiertos de cortes. No quiero ni imaginarme cómo tendré la cara. Una mujer se acerca a mí con gesto preocupado.

—¿Se encuentra bien? ¿Pasole algo?

No consigo pronunciar una sola palabra. Noto que todo mi cuerpo empieza a temblar y que las piernas no me sostienen. Al instante, un par de hombres se acercan, me sujetan de los brazos y me llevan hasta una silla para que no me caiga.

—Ponle un consomé al guaje para que entre en calor. Está congelado el pobrecino —le dice la mujer al camarero.

Noto que me ponen una chaqueta por encima. Un hombre acerca una estufa de butano para colocarla a escasos centímetros de mi cuerpo helado. La sensación es tan agradable que me provoca escalofríos. Otro hombre se acerca desde la barra, llevando el consomé que me han preparado. Lo coloca en la mesa y se sienta frente a mí. Espera pacientemente a que tome el primer sorbo antes de preguntarme:

—¿Qué le ha pasado? Parece que hubiese visto un fantasma.

—Ha habido un accidente. Estaba en el autobús que viene de Villaviciosa y nos hemos despeñado por el barranco… El conductor está loco. Creo que ha hecho que el autobús se despeñe adrede y

después… ¡Oh, dios mío! —La voz se me quiebra—. De repente había mucha gente, muchos heridos… Él ha cogido un hacha…

—¡Basta! —me grita la mujer, con los ojos llenos de lágrimas—. Si esto es una broma, no tiene gracia. ¿Por qué hace esto?

Me quedo con la boca abierta, sin comprender. Todos los ocupantes del bar tienen sus miradas fijas en mí. Me parece ver odio, desprecio… La mujer se aparta de mí y se echa en los brazos de un hombre, con el cuerpo convulsionado por los sollozos. Él trata de calmarla mientras se marchan del bar. El hombre que me había acercado la estufa niega con la cabeza, mientras sigue mirándome como si yo fuera un bicho despreciable al que habría que aplastar.

—¿Por qué haces esto? ¿Te parece gracioso? Qué asco de gente, de verdad…

Se marcha detrás de la pareja, que ya ha salido del bar. Se montan en sus coches y se van, como si estuvieran huyendo de un apestado. Dentro del bar sólo quedamos el camarero, el hombre que me ha traído el consomé y que continúa sentado frente a mí y yo. El hombre también me mira con dureza, pero al menos no se ha ido, así que decido probar suerte con él:

—¿Qué les pasa? ¿Por qué se marchan así?

—¿Es usted periodista o está haciendo algún programa de bromas para la tele?

—No, soy un peregrino. ¿Por qué iba a bromear con esto? Estoy diciendo la verdad. El autobús se despeñó por un barranco y el conductor empezó a matar a todo el mundo… ¿Qué sentido tendría inventarse todo eso?

—No digo que se lo haya inventado. Eso sucedió, pero hace ya más de veinte años.

Yo niego con la cabeza, sin entender qué está diciendo. Ahora soy yo el que me pregunto si ese hombre está intentando gastarme una broma.

—Acaba de pasar. Yo iba en ese autobús. Lo cogí en un pequeño

pueblecito que hay antes de la subida al Alto de la Cruz…

—El autobús ya no pasa por ahí desde el accidente. Ahora va por la nacional.

—No puede ser. —Apoyo los codos en la mesa y entierro la cara entre las manos, intentando ganar tiempo para ordenar mis pensamientos.

—Es como le digo. Fue horrible. El conductor se volvió loco: le había dejado la mujer y se había llevado a los niños, empezó a beber y le amenazaron con despedirle. Hay rumores de que, además, estaba enfermo. Un cáncer o algo así. Supongo que decidió que, ya que su vida acababa, prefería llevarse a unos cuantos por delante. Despeñó el autobús, asesinó a todos los supervivientes y después se ahorcó.

Siento un escalofrío al recordar la marca roja que observé en el cuello del conductor al subir al autobús. Pensé que era una alergia o un eccema, pero podría ser la marca de una soga. Trato de detener ese hilo de pensamiento para no volverme loco.

—En esta zona no se habla de eso. Todo el mundo tenía algún familiar, amigo o vecino entre las víctimas. Así que, si esto es una broma, le sugiero que deje de hacerlo por su propio bien. Con estas cosas no se bromea.

Yo niego con la cabeza, pero no digo nada. ¿Cómo voy a convencer a este hombre de que lo que le digo es verdad si ni siquiera yo puedo creerlo? Lanzo un largo suspiro mientras paseo la mirada por el bar, fijándome en cada detalle, tratando de anclar mi mente a la realidad y dejar atrás la pesadilla.

—Si quiere ir a Gijón, puedo llevarle —me ofrece el hombre.

Yo asiento, me quito la chaqueta que me habían puesto en los hombros y que creo que pertenece al camarero, termino mi consomé de un trago y me acerco a la barra para pagar. El camarero me mira con desprecio mientras me acerco:

—¿Cuánto le debo?

—Un euro veinte —murmura entre dientes, mientras empieza a limpiar la barra.

Meto la mano en el bolsillo, buscando entre la calderilla. Me quedo paralizado. Entre los euros que llevo, hay varias monedas que no deberían estar ahí. Monedas de cinco duros, de cien pesetas… Son las vueltas que me dio el conductor cuando pagué el billete. No son una ilusión. Son monedas reales, pesadas, frías… Pago al camarero y, antes de salir, tiro las monedas a una papelera.

El hombre que va a llevarme a Gijón ya está esperando al lado de su coche. Me mira mientras me acerco. Algo raro debe de ver en mi cara, porque, antes de abrirme la puerta, me da un par de golpes cariñosos en la espalda.

—No sé lo que ha visto ni lo que le ha pasado, pero vuelva a su casa y olvídelo.

Yo asiento y me meto en el coche, tratando de calmar los temblores que han vuelto a invadir mi cuerpo. Cuando salimos a la carretera, me giro para mirar a través del cristal trasero. La silueta del Alto de la Cruz se recorta contra el oscuro cielo nocturno. Me juro que no volveré allí en mi vida y que haré todo lo posible por desterrar al olvido los horrores que oculta.

—Sigo sin poder dormir bien. —El paciente se gira hacia mí con ojos implorantes.

—Si quiere, puedo recetarle unos tranquilizantes.

—No, no es eso. No puedo dormir, pero tampoco quiero. Necesito que me quite toda la medicación. Me atonta demasiado y me quedo adormilado por las esquinas. —El hombre clava sus ojos en el techo y suspira, desesperado—. Cada vez que me duermo, aunque sea por unos instantes, el monstruo se acerca.

Asiento y, sin dejar de mirarle a los ojos, escribo en mi informe "Recaída en los delirios psicóticos. Aumentar dosis de haloperidol". Después le sonrío, tratando de mostrarme comprensivo.

—Sabe que son sólo sueños, ¿verdad? Por muy terribles que sean, no pueden hacerle daño.

—Sí que pueden. —El sudor ha comenzado a resbalar por la cara del paciente y su respiración es cada vez más rápida—. Es lo mismo que le pasó a mi mujer. Yo tampoco la creí cuando me lo contó. Pensé que estaba loca y no la ayudé. Y ahora está muerta.

Me gustaría seguir mostrándome comprensivo, pero no soy capaz. No después de haber visto las fotos del crimen. El cuerpo de la mujer estaba tan destrozado que parecía haber sido atacado por animales

salvajes. Golpes, mordiscos, arañazos… Una auténtica carnicería perpetrada por el hombre que ahora está sentado frente a mí, temblando en la silla mientras me mira con ojos suplicantes.

—Sé que usted puede ayudarme. Seguro que tiene alguna droga capaz de mantenerme despierto.

—Eso no sería bueno para usted. El sueño es un componente esencial para el equilibrio psicológico. No dormir sólo empeorará su enfermedad…

—¡Yo no estoy enfermo! —El hombre se pone de pie y golpea con ambas manos sobre la mesa de mi despacho—. El monstruo es real y vendrá a por mí. Me atrapará, igual que la atrapó a ella.

—Por favor, tranquilícese y vuelva a sentarse. —Pulso con disimulo el botón que sirve para llamar a seguridad—. Ese monstruo no existe. Es solamente una proyección de su mente para combatir el sentimiento de culpabilidad por haber matado a su mujer.

—¡Yo no la maté! —El hombre se inclina hacia mí sobre la mesa. Está tan cerca que diminutas gotas de su saliva me salpican las gafas cuando grita.

—Estaban ustedes solos en una casa cerrada con llave. Su sistema de alarma no se activó y ningún vecino ni cámara de seguridad de las cercanías vio a nadie sospechoso. —Intento que mi voz suene relajada y firme, pero las imágenes del crimen vuelven a mi mente. Sé lo que ese hombre es capaz de hacer sin llevar ningún arma encima. Espero que los de seguridad lleguen pronto—. La mejor manera de hacer desaparecer a ese monstruo es que usted empiece a aceptar lo que hizo.

—Yo no hice nada. Fue él. —El paciente se derrumba en la silla y empieza a llorar como un niño, tapándose la cara con las manos—. Fue el monstruo. A mi mujer le habló de él una compañera de trabajo que también murió. Todo el que sabe de su existencia muere…

La puerta de la consulta se abre y entran dos hombres vestidos de blanco. Mi paciente los mira y solloza con más fuerza, pero se deja llevar sin ofrecer resistencia. Cuando salen, entra una de las

enfermeras.

—¿Cuánto tiempo lleva sin dormir el paciente? —le pregunto.

—Unos tres días.

—Sédenlo. Su estado está empeorando por la falta de sueño.

Ella asiente y sale de la consulta. Me reclino en mi sillón, me quito las gafas y me froto los ojos. Estoy agotado. Demasiados pacientes para pocos psiquiatras. Por suerte, éste era mi último caso de hoy. Sólo me queda revisar unos expedientes y podré marcharme a casa.

Ya estoy terminando mi trabajo cuando la enfermera vuelve a entrar sin llamar siquiera a la puerta. Está pálida y tiene los ojos tan abiertos que parece que se le vayan a salir de las órbitas. Se queda plantada en el umbral sin decir nada.

—¿Qué es lo que pasa, Ana? —le pregunto, levantándome del asiento.

—El paciente de la 301 está muerto. —Su voz es muy aguda, cercana a la histeria—. Le sedamos como nos dijo y ahora está muerto.

—No puede ser. Han debido confundirse con la dosis de la medicación.

—No, no es eso. —Ella me toma de la mano y tira de mí—. Tiene que verlo.

Me lleva a la carrera hasta la habitación. Hay un montón de enfermeras y celadores apiñados junto a la puerta, tratando de encontrar un hueco para asomarse por la ventanilla. Cuando llego, todos se apartan y me dejan paso. Nada más mirar por el cristal, siento que mi corazón se salta unos latidos. Todo está lleno de sangre: la cama, las paredes, el techo…

Abro la puerta y doy un par de pasos dentro de la habitación. El cuerpo que descansa sobre la cama es irreconocible, un amasijo de sangre, piel desgarrada y vísceras. Noto una mano en mi brazo y me giro.

—No debería entrar ahí hasta que llegue la policía —me sugiere uno de los celadores.

Las siguientes horas son un caos. La policía me interroga una y otra vez. En sus ojos veo que están haciéndose las mismas preguntas que yo me hago. La hipótesis del suicidio ha sido descartada de inmediato. Es imposible que alguien pueda hacerse eso a sí mismo, sobre todo estando sedado, pero, ¿cómo puede haber sido asesinado ese paciente en una habitación cerrada dentro de una prisión psiquiátrica de máxima seguridad?

Ya es noche cerrada cuando consigo volver a casa. Me tomo un vaso de leche caliente antes de irme a la cama. Después de lo que he visto hoy, no podría comer nada más. A pesar de que doy muchas vueltas y de que mi cerebro se niega a desconectar, al fin consigo quedarme dormido.

Me despierto de madrugada, aterrado y tembloroso, cubierto por una fría capa de sudor. He soñado con el monstruo. No lo he visto muy bien, estaba muy oscuro. Sólo sé que, para cuando conseguí despertarme del sueño, ya estaba un poco más cerca.

Se despertó desorientada y la oscuridad reinante no le ayudó a ubicarse. No sabía dónde se encontraba, pero estaba segura de que no era su habitación. En lugar de la blandura de su colchón, descansaba sobre una superficie dura e incómoda. Pasó las manos sobre ella, notando un fino acolchado forrado con una tela suave y fría al tacto.

Se quedó quieta, tratando de no dejarse llevar por la histeria. Esperó para dar tiempo a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad, pero continuó sin distinguir nada. Nunca en su vida había estado en una oscuridad tan absoluta. No había ni el más mínimo atisbo de luz, ningún destello, ninguna sombra…

Notó que empezaba a ponerse nerviosa y que su respiración se aceleraba. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no veía nada? Un recuerdo se abrió paso en su cerebro. Un dolor insoportable, una aguja de punto al rojo vivo atravesando su cerebro de parte a parte antes de que el mundo a su alrededor se desvaneciera. ¿Habría tenido un ictus o una embolia cerebral y estaba en una camilla de hospital? Trató de percibir los sonidos de los pasos de las enfermeras en los pasillos, los ruidos de los carritos de medicamentos, los pitidos de las máquinas… No escuchó nada. Absolutamente nada. El vacío a su alrededor la aterró más que ninguna otra cosa en su vida. ¿Se habría quedado también sorda? No podía imaginar nada más horrible que pasar el resto de su vida aislada del mundo por completo.

El corazón se le había desbocado y la respiración se había vuelto rápida y superficial, como si el aire se negase a entrar en sus pulmones. Se esforzó en respirar con más calma, tratando de captar los olores del aire. Si estaba en un hospital, notaría el olor a medicamentos y a desinfectante. Sin embargo, los únicos aromas que le llegaron le recordaron a la madera y a la tierra húmeda.

Con un esfuerzo consiguió vencer el miedo que la paralizaba y extendió las manos ante sí, tratando de encontrar algo que la ayudara a saber dónde estaba. Sus manos chocaron con una superficie suave y pulida. Las movió a su alrededor, encontrando que esa superficie estaba por todos lados, aprisionándola. Trató de gritar, pero alguien había sellado sus labios cosiéndolos con un hilo áspero y grueso. La habían enterrado viva.

Tardé casi dos meses en darme cuenta de que estaba embarazada. El muy hijo de puta se encargó de que no me enterase. Nada de mareos, cansancio o nauseas mañaneras. Me sentía igual que siempre y, como nunca he tenido un ciclo demasiado regular, pasó mucho tiempo hasta que me pregunté cuándo había sido la última vez que había tenido la regla.

Cuando me hice la prueba y salió positivo, no supe si alegrarme. Ya llevaba tres años viviendo con Sergio y nuestra relación era estable, pero nunca habíamos hablado de tener hijos. Se lo conté aquella misma noche, temiendo su reacción y preparada para decirle que aquello no tenía por qué cambiar nuestra vida, que estaba a tiempo de abortar y terminar con aquel problema. Sin embargo, él se mostró entusiasmado. Me abrazó con fuerza, me tocó la tripa, como si ya fuese a sentir al ser que crecía dentro, y comenzó a desvivirse por mí como si acabara de convertirme en una delicada flor que pudiera marchitarse con un soplo de aire frío.

Antes de que pudiera darme cuenta, ya se lo había contado a nuestros amigos y familiares y lo había publicado en Facebook. De todas partes empezaron a llegarme felicitaciones y consejos. Todo el mundo me decía que era una experiencia maravillosa, que disfrutase aquellos meses porque eran mágicos, que no había nada más hermoso que sentir a un ser creciendo en tu interior… Yo agradecía los

mensajes, pero me sentía extraña. Había algo que no terminaba de encajar, que no me permitía ser feliz… Pensé que el problema era que todo aquello me había pillado de improviso, que no estaba preparada para ser madre, pero que, con el tiempo, acabaría emocionándome y queriendo a aquel ser que habitaba en mí. Después de todo, era mi futuro hijo. ¿Cómo iba a no quererlo?

Una noche me desperté en la cama, con Sergio durmiendo pacíficamente a mi lado. Yo estaba de cuatro meses y ya empezaba a notárseme la barriguita, pero, al apartar las mantas, mi abdomen estaba tan hinchado que parecía a punto de estallar. Un dolor horrible invadía mi cuerpo, como si estuvieran golpeándome desde dentro. Me levanté el camisón y pude ver como bajo mi piel aparecían marcados sus manos y pies. El ser golpeaba contra mi tripa, tratando de salir sin importarle por dónde. Traté de despertar a Sergio, pero, por mucho que le grité y le sacudí, no conseguí que reaccionara. El dolor era cada vez más terrible. Sentí que algo me desgarraba por dentro. El niño iba a salir, era imparable. Abrí las piernas mientras apretaba con todas mis fuerzas para ayudarlo. Un enorme chorro de sangre salió despedido y se estrelló contra la pared de enfrente. Grité de dolor y de miedo, mientras volvía a apretar tratando de terminar cuanto antes. Entonces sentí como salía de mi interior y caía sobre las sábanas.

Respiré profundamente varias veces, tratando de recuperarme. El dolor había terminado, lo había conseguido. Ahora sólo tenía que asegurarme de que el niño estaba bien. Me apoyé en los codos e intenté incorporarme para mirar al ser que reposaba entre mis piernas. Un grito de terror absoluto se me quedó atascado en la garganta. Aquello no era un niño. Entre mis piernas descansaba un ser con muchas patas, una especie de crustáceo o araña con cabeza humana y cola. Me quedé paralizada, sin poder creer lo que estaba viendo, y entonces el ser levantó su cabeza, me miró y abrió la boca para lanzar un grito de hambre mientras empezaba a avanzar hacia mí.

Me desperté gritando aterrada. Mi cuerpo estaba cubierto de sudor pegajoso y no podía dejar de temblar. Sergio se despertó con mis gritos y trató de calmarme con abrazos y palabras

tranquilizadoras. Tardé mucho rato en recuperarme, en convencerme de que todo había sido un sueño y que no tenía nada que temer. Cuando estuve más tranquila, Sergio me preguntó qué había soñado. No fui capaz de contárselo. Me pareció demasiado horrible como para decirlo en voz alta. Le dije que no lo recordaba y me tumbé en la cama para volver a dormir. Sin embargo, el amanecer me sorprendió con los ojos abiertos, temerosa de soñar de nuevo con aquel ser.

Traté de olvidar ese sueño, de desterrar a aquel ser de mis pensamientos y encerrarlo en el mundo de las pesadillas, de donde nunca debió salir, pero me fue imposible. Durante el día casi podía ignorarlo, pero por la noche notaba sus movimientos. Me despertaba sintiendo unas garras clavándose en mi interior o el latigazo de su cola dentro de mi útero. Me quedaba en la cama con la mirada fija en el techo de la habitación, intentando convencerme a mí misma de que todo aquello era ridículo, pero entonces volvía a notarlo moviéndose, alimentándose de mí, golpeándome… Podía sentir su odio como una pena negra que me invadía y me dejaba sin fuerzas. Ese ser me mataría en cuanto no me necesitara.

Pasé así un par de semanas hasta que llegó mi siguiente visita al ginecólogo. Sergio insistió en acompañarme. Iban a hacerme la segunda ecografía y estaba emocionado porque quizá podrían decirnos el sexo del bebé. Yo estaba tan nerviosa que me temblaban las piernas. ¿Qué saldría en las imágenes? ¿Podría confirmar por fin que lo que llevaba dentro no era un niño normal?

Nada más entrar, el ginecólogo me dijo que no tenía buen aspecto. Yo sabía que tenía razón. Estaba pálida y unas enormes bolsas amoratadas adornaban mis ojos. Sergio me miró preocupado. Él también me lo había comentado, pero yo le había convencido de que mi agotamiento era normal en algunas mujeres embarazadas. El ginecólogo se encargó de desmentirme. No estaba cogiendo el suficiente peso y mis últimos análisis indicaban un principio de anemia.

Me tumbé en la camilla para hacerme la ecografía. Sergio agarró una de mis manos, húmeda y fría, para darme su apoyo. Yo

miré hacia otro lado, aterrada ante lo que sabía que iba a aparecer en la pantalla.

—Dios, es increíble —dijo Sergio a mi lado—. Nuestro hijo…

—Parece que todo es normal —comentó el ginecólogo—. Y creo que eso de ahí demuestra que va a ser un niño.

Me giré y miré a la pantalla. A pesar de la mala calidad de las imágenes, distinguí claramente sus extremidades como tentáculos y unos ojos enormes de extraterrestre que parecían mirarme directamente.

—¡No es normal! ¿Cómo podéis decir que es normal? —Sergio y el médico se giraron hacia mí, asombrados—. ¿Es qué no podéis verlo?

Durante unos segundos, los dos siguieron boquiabiertos, sin saber qué decir. Después, el ginecólogo pareció reaccionar y empezó a explicarme que no había ningún problema en el desarrollo del niño, que sus extremidades estaban bien formadas, que el tamaño de la cabeza era normal, que su corazón latía con fuerza… Mientras él hablaba, el ser se retorcía en la pantalla, moviendo sus múltiples patas como si pretendiera llamar mi atención.

—Ni siquiera es un niño. ¿De verdad no lo veis? —El discurso del médico se cortó de inmediato—. Quiero que me lo saque. No quiero tenerlo.

El infierno se desató en la consulta. Mientras el ginecólogo trataba de explicarme que era imposible, porque ya había pasado el plazo legal para abortar, Sergio lloraba y me preguntaba rabioso por qué quería hacerle eso. No supe qué contestarle. La respuesta estaba frente a él, agitándose en aquella pantalla, pero él no podía verlo. Empecé a llorar desesperada, sin saber qué decir. Tenían que sacarme ese bicho y nadie quería ayudarme.

—Vamos a tranquilizarnos —intervino el médico—. Parece que por alguna razón sientes un rechazo al futuro bebé. Puede haber muchas causas para ello: que no estuvieras preparada para ser madre, que te estén afectando demasiado los cambios hormonales propios del embarazo… Lo primero que quiero que sepas es que no debes sentirte

culpable por ello. No todos los embarazos son un camino de rosas. Cada mujer es un mundo y vive el embarazo de manera diferente. Voy a derivarte a psiquiatría para que puedan evaluar tu caso y ver cómo podríamos ayudarte.

—No quiero ir a psiquiatría. Yo no estoy loca. Quiero que me saquen eso de dentro…

—Ya no es posible. Estás de dieciocho semanas y, con ese tiempo, ya sólo se puede interrumpir el embarazo si hay riesgo para la madre o si el feto presenta graves anomalías…

—¿Graves anomalías? ¿Es que no estáis viendo que eso ni siquiera es humano?

Volvieron a quedar en silencio. Cuando reaccionaron, el médico me agarró la mano y trató de convencerme de que me vendría muy bien acudir a psiquiatría, donde estaba seguro de que podrían ayudarme. Sergio no habló más. Ni siquiera me miraba.

Las siguientes semanas fueron un infierno. Me hicieron acudir varias veces a la consulta de la psiquiatra, una mujer que fingía ser amable y comprensiva, pero que no creyó ni por un solo segundo en mis palabras. Se limitó a rellenar su informe, diagnosticándome un trastorno psicótico breve, sin pararse a pensar que yo podía estar diciendo la verdad.

Mientras tanto, todo a mi alrededor se desmoronaba. No era capaz de dormir más de dos o tres horas cada noche. El ser me despertaba golpeándome con rabia, removiéndose en mi interior, como si quisiera demostrarme que cada vez era más fuerte y que acabaría conmigo. No tenía ganas de comer ni de salir. Me convertí en un espectro gris que se debilitaba día a día. Sergio ya no sabía qué decirme. Trataba de cuidarme y de complacerme, pero se le veía preocupado y su comportamiento parecía forzado y artificial. Nuestra relación oscilaba entre fuertes discusiones y horas de silencio absoluto. Cuando él ya no podía aguantarlo más, salía a correr o se encerraba en el baño. Yo escuchaba sus sollozos desde fuera, pero no podía consolarle. No podía decirle que todo estaba bien, que tenían

razón y que el niño era normal, porque yo sabía que no era cierto.

Traté de deshacerme del ser por mí misma. Recordé una conversación que había oído siendo una niña. La madre de una de mis compañeras de colegio le contó a la mía que, cuando se quedó embarazada de su tercer hijo, había decidido no tenerlo y que, sin contárselo siquiera a su marido, se había deshecho de él saltando una y otra vez desde una mesa. Recuerdo que cuando oí aquello, pensé que aquella mujer era un monstruo y tuve pesadillas durante varias noches. Sin embargo, aquella horrible historia podía ser ahora mi salvación.

Con dificultad conseguí subirme a la mesa del comedor y salté desde ella. No sentí nada. El ser no se movió ni intentó detenerme. Estaba quieto, tranquilo. Me lo imaginé encogido, tratando de colocarse en la mejor postura para protegerse de mis agresiones. Al tercer intento me torcí un tobillo y tuve que dejarlo. Me pasé las siguientes horas esperando alguna señal que me indicase que había funcionado: algún dolor, algún sangrado… Pero no hubo nada.

Me negué a rendirme. Busqué información en internet sobre plantas con propiedades abortivas y me decidí por el ajenjo. Mi problema era que ninguna herboristería iba a venderme aquella planta al ver mi barriga y que no había nadie a quien pudiera pedirle ayuda, así que tuve que encargar un bote de extracto de ajenjo a través de Amazon y esperar tres días a que llegara.

Cuando por fin lo tuve en mis manos, preparé más de un litro de infusión y empecé a beber taza tras taza a pesar de su amargo sabor, decidida a no parar hasta notar que estaba haciendo efecto. Las nauseas empezaron al cabo de poco tiempo y, a pesar de que traté de no expulsarlo, acabe vomitando por toda la casa. Me sentía muy enferma, el frío invadía todo mi cuerpo y no podía dejar de temblar. Me contaron que Sergio me encontró convulsionando cuando llegó a casa del trabajo.

Desperté en un hospital varias horas después. Me habían hecho un lavado de estómago y me habían ingresado en la planta de ginecología. Una de las enfermeras me confirmó con toda su buena

voluntad que el bebé estaba bien, lo que desató un nuevo torrente de lágrimas. Pregunté por Sergio, pero nadie quiso decirme nada. Nunca vino a visitarme. Lloré mucho por aquella injusticia. Sin conocer siquiera a aquel parásito le prefería a mí, le quería más que a mí.

Aquella situación sólo avivó mi odio por el ser. Había conseguido que todo el mundo me abandonase. Ni uno solo de mis amigos vino a verme. Mis padres venían a visitarme todos los días, pero se limitaban a hablar del tiempo o a mirar la televisión. Estaban tensos e incómodos y, al cabo de unos minutos, se disculpaban por tener que dejarme y se marchaban con cualquier excusa.

Las enfermeras y auxiliares también me despreciaban. Cumplían con sus funciones de manera fría y profesional, pero nunca me dedicaban una mirada amable o una sonrisa. Para ellas yo era el monstruo que había tratado de acabar con su bebé. ¿Cómo convencerlas de que el monstruo era aquel ser que llevaba dentro?

No pude aguantarlo más y, aprovechando uno de mis numerosos momentos de soledad, abrí la ventana de la habitación y me arrojé al vacío. No fue un impulso loco, no trataba de matarme. Lo había pensado muy bien. Mi habitación estaba en un segundo piso y calculé que desde aquella altura no sería muy probable que me matase, pero que el golpe sería suficiente para acabar con aquel engendro.

Desperté varios días después. Tenía las dos piernas escayoladas y las dos muñecas atadas a la cama con unas fuertes correas de sujeción. Además, ya no estaba en la planta de ginecología. Me habían trasladado al ala de psiquiatría, donde me tendrían vigilada en todo momento. Nada más despertar, noté uno de sus latigazos, golpeándome con fuerza desde dentro, confirmándome sin que tuviera que preguntarlo que seguía vivo, que no había podido con él.

En aquella situación no me dejaban más opción que tratar de matarlo de hambre, así que me negué a comer. Al tercer día, empezaron a alimentarme por vía intravenosa. No sirvieron de nada mis lloros, mis súplicas, mis intentos de razonar, mis gritos de desesperación... En aquel lugar estaban muy acostumbrados a ignorar

aquellos comportamientos. Para ellos yo sólo era una loca. Daba igual lo que dijera, lo que gritara… No iban a escucharme.

Al fin llegó el día del parto. El ser empezó a revolverse con rabia, a golpear las paredes de mi útero como si fuera un tambor… El dolor era tan terrible como si el monstruo estuviera tratando de abrirse paso desgarrándome, mordiéndome… Me trasladaron al paritorio. No había nadie allí para acompañarme. Me sentí dolida. Mis padres me habían dicho que Sergio iba a quedarse con el niño, así que había esperado que él estuviese allí. En mis noches solitarias atada a la cama, había imaginado una y otra vez nuestro reencuentro. Cuando ese ser saliese de mí y él viese lo que era en realidad, me pediría perdón una y mil veces, me abrazaría llorando, me diría que me quería y que lo sentía tanto… Pero no estaba allí. Ni siquiera en el momento del nacimiento de lo que él creía que era su hijo estaba dispuesto a verme.

La comadrona me dijo que ya había dilatado lo suficiente y que debía apretar para ayudar a salir al niño. Por unos segundos me planteé que aquella era mi última oportunidad de matarlo, que debería cerrar las piernas y resistirme, pero desistí. Los médicos no iban a permitirlo. Si era necesario, me harían una cesárea y lo sacarían. Lo mejor era colaborar y expulsarlo de mi interior, librarme por fin de aquel parásito que se había alimentado de mí durante tantos meses y que había destruido toda mi vida.

Apreté y grité y volví a apretar, hasta que sentí que mi interior se desgarraba y que algo resbalaba y salía de mí. Una enfermera lo recogió y se lo llevó a una esquina de la habitación. Al cabo de unos segundos, escuché su llanto y la voz de la enfermera diciendo que el niño era normal y que estaba sano. No podía creerlo. Seguían sin verlo.

Me incorporé con esfuerzo sobre la camilla y, con el rostro anegado de lágrimas, supliqué que me dejaran verlo. La enfermera se giró hacia la comadrona, esperando su aprobación. Ésta asintió y la enfermera se acercó a mí, llevando aquel pequeño bulto entre los brazos. Me lo puso delante, a medio metro, para que yo pudiera verlo.

No era bonito. Por mucho que digan los ilusionados padres y toda su corte de familiares y amigos, ningún recién nacido lo es. Son sólo humanos a medio hacer, pequeños, arrugados y flácidos. Sin embargo, no era un monstruo con pinzas, tentáculos y colmillos. Sólo era un ser rosado y pequeño con un poquito de pelusilla morena en la cabeza.

La enfermera continuaba quieta, mientras seguía sosteniéndolo frente a mí. Creo que esperaba que me pusiera a llorar de la emoción, que, al ver por fin a mi hijo frente a mí, entraría en razón y me daría cuenta de que lo quería. Quizá por un segundo fue así, pero entonces el ser abrió los ojos y me miró. En su mirada vi inteligencia, reconocimiento... Sé que nadie más en la habitación pudo oírlo, que sólo resonó dentro de mi cabeza, pero yo sé que lo oí, susurrando sólo para mí.

—Te he vencido, mamá. Estoy vivo.

Tengo que encender la luz, pero mi psicóloga me ha dicho que no debo, que tengo que aguantar, que, si sigo dejándome llevar por el miedo, al final me controlará y dominará toda mi vida.

Intento relajarme, pensar en otra cosa, pero esta oscuridad no me deja. Necesito asegurarme de que no hay nadie más en la habitación, de que estoy a salvo. Solamente un segundo de luz, no pido más. Sentarme en la cama, mirar alrededor y poder respirar tranquila. O poder dejar unas rendijas abiertas en la persiana, lo suficiente para vigilar las sombras que me rodean y asegurarme de que ninguna de ellas está viva.

No, no debo hacerlo. Si quiero superar esto algún día, no debo hacer concesiones. Tengo que resistir. La psicóloga dice que, según vaya aguantando, cada vez será más fácil. A mí no me lo parece. El viento en la ventana suena como el arañazo de algo que intentase entrar. Aunque intento convencerme de que los pasos que se oyen proceden de una casa vecina, suenan demasiado cerca. Incluso me parece que el sonido de mi respiración tiene un extraño eco, como si otro ser intentase acompasar su respiración a la mía para pasar desapercibido y acercarse poco a poco…

Ya lo estoy haciendo otra vez. Estoy dejando que mis pensamientos se disparen, que el miedo me domine… Tengo que

pensar en otra cosa, en cualquier otra cosa… pero, ¿en qué? ¿Cómo voy a pensar en otra cosa si no sé si al lado de mi cama se alza el cuchillo del asesino, esperando a que saque la cabeza de debajo de las mantas para agarrarme por el flequillo sudoroso, arrastrarme fuera de la cama y rajarme el cuello de lado a lado? ¿En qué podría pensar mientras imagino que un horrible ser informe me vigila con la saliva resbalando por sus colmillos anhelantes? ¿Cómo puedo relajarme si bajo mi cama puede estar abriéndose una puerta directa al averno?

No puedo más. Tengo que encender la luz, pero no sé si ya es muy tarde. Les he dejado mucho tiempo para acercase a mí en la oscuridad. Seguramente están esperando a que saque la mano del refugio de las mantas para atraparme. Pero también sé que se cansarán de esperar, que en cualquier momento su paciencia se agotará y me atacarán. Ya no hay salvación. Por favor, por Dios, que llegue el día.

No puedo más. A la mierda mi psicóloga, a la mierda todo… Me estoy ahogando bajo estas mantas. Respiro cada vez más rápido, pero no consigo que me llegue el aire. Si están ahí, si van a matarme, que lo hagan ya. Cualquier cosa es mejor que esta agonía. Deslizo la mano fuera de las mantas, buscando a tientas el interruptor. Algo me toca…

Sabía que era ridículo y que podía meterme en un buen lío si me pillaban, pero no tenía más remedio. Ya había buscado a Frodo por todas las calles, por las huertas cercanas a mi casa, debajo de todos y cada uno de los coches… Llevaba tres horas llamándole desesperada bajo la lluvia, con un frío que helaba los huesos. No podía permitir que mi gato estuviera perdido fuera de casa en una noche así, aunque el muy cabronazo se lo hubiera buscado por escaparse. Después de todo, era mi culpa. Había sido yo quien había olvidado cerrar aquella maldita ventana.

Así que ahí estaba yo, encaramada a la tapia del cementerio a medianoche, mirando a un lado y a otro para estar segura de que nadie me veía y temiendo partirme un tobillo en la caída. Decidí no pensarlo más y salté dentro. En cuanto me separé unos metros de la tapia, me arrepentí de no haber llevado una linterna. La luz de las farolas de la calle no llegaba hasta el interior del cementerio. El lugar era tan oscuro y lúgubre como había imaginado. El viento entre los cipreses me hacía pensar en susurros y pasos sigilosos y el aroma a humedad y a flores muertas sugería el olor de cuerpos putrefactos. No era momento para dejar que mi imaginación se desbocase. Si tanto miedo me daba, lo mejor que podía hacer era moverme y encontrar a Frodo cuanto antes.

Fui caminando entre las filas de nichos, llamándole en susurros.

De vez en cuando, un gato salía de un nicho abandonado y corría a ocultarse en la oscuridad, haciendo que el corazón se me subiese a la boca. Pero ninguno era Frodo. Salí de aquella zona, ordenada y triste como las calles de una ciudad dormitorio, y llegué a la de las tumbas y las criptas, llamativas y elegantes como una urbanización de lujo en las afueras. Sonreí con ironía. Hasta en la muerte había clases y clases.

Continué mi camino entre las criptas y panteones, llamando a Frodo desesperada. Esperaba que no se hubiese metido en alguno de ellos y que se hubiese quedado atrapado, porque, si era así, iba a tener que esperar a que los empleados del cementerio me ayudaran a sacarlo por la mañana. No iba a profanar una tumba por muchos maullidos lastimeros que soltase.

De repente, me pareció oírlo más adelante. Me quedé totalmente quieta, conteniendo incluso la respiración, esperando a que el sonido se repitiera. Unos segundos después volví a oírlo. Sí, era él. Habría reconocido su maullido agudo y suplicante en cualquier parte. Corrí hacia la fuente del sonido llamándole, rezando para que no se asustara y volviera a escaparse. Y entonces lo vi, sentado sobre una lápida blanca, mirándome con cara de pena mientras seguía llamándome. No trató de escapar. En cuanto me vio, saltó de la lápida y corrió hacia mí, como si estuviera feliz de verme.

Me agaché a recogerlo, lo achuché entre mis brazos y llené su cabezota peluda de besos. En aquel momento un sonido a mi espalda me dejó paralizada. Un sollozo infantil, seguido de unos pasos descalzos sobre el camino de gravilla. Me giré, pero allí no había nada. Traté de convencerme a mí misma de que lo había imaginado, de que tenía que ser el sonido de una televisión o los lloros de algún crío desde su casa. Sencillamente, me encontraba tan alterada que me había parecido que estaba mucho más cerca. Mientras me repetía aquellos argumentos, corrí hacia la tapia del cementerio con Frodo entre mis brazos. Ya casi me había convencido de que había imaginado aquel sonido, pero prefería acabar de persuadirme en la seguridad de mi salón.

Cuando llegamos a casa, sequé a Frodo lo mejor que pude y le

puse un cuenco con su comida favorita. Me quedé mirándole comer, con una sonrisa en los labios. El miedo era ya un recuerdo lejano y ridículo.

—No vuelvas a hacerme esto —le susurré mientras acariciaba con dos dedos la curva de su espalda.

Unos días después, Frodo volvió a desaparecer. No podía explicarme cómo había sucedido. Desde que se había escapado, había tenido mucho cuidado de cerrar todas las puertas y ventanas, pero, al llegar del trabajo, me había encontrado con la ventana del salón abierta de par en par.

Después de buscarlo durante una hora por el barrio, tuve que resignarme. Podía seguir haciendo el tonto todo el tiempo que quisiera, pero sabía perfectamente dónde tenía que ir para encontrarlo. Esperé hasta que oscureció del todo para que nadie pudiera verme y salté de nuevo la tapia del cementerio.

Recorrí las mismas hileras de nichos, dirigiéndome hacia el lugar en el que lo encontré la vez anterior. No sabía por qué, pero estaba segura de que lo encontraría en la misma tumba. En cuanto salí de la zona de los nichos, divisé a lo lejos el grupo de lápidas blancas. Era la parte del cementerio en la que enterraban a los niños. Sentí un escalofrío al recordar aquel sollozo infantil y aquellas pisadas de pies pequeños. Respiré profundamente, expulsando el aire con fuerza, tratando de echar fuera de mí la ansiedad que no me dejaba moverme, y me puse en marcha de nuevo. Sin embargo, pocos pasos después, volví a quedarme paralizada.

Frente a mí tenía la pequeña tumba blanca de la otra vez. Frodo estaba allí, pero no se encontraba solo. Estaba en el regazo de un crío de unos ocho o nueve años vestido con un traje blanco con cordones dorados, de los que llevan los niños en su primera comunión. No llevaba zapatos. Sus pies, muy pálidos y demacrados, estaban cubiertos de manchas de barro del cementerio. Al principio el niño continuó acariciando a Frodo abstraído, como si no se hubiera dado

cuenta de mi presencia, pero entonces levantó la cabeza y clavó en mí sus ojos muertos, cubiertos por una espesa película blanca que recordaba a la mirada de los peces. Me pareció que trataba de sonreírme, pero sus labios permanecieron cerrados, sellados por unas gruesas puntadas de hilo negro. Cuando estuvo seguro de que estaba mirándole, dejó de acariciar a Frodo, colocó ambas manos alrededor de su cuello y empezó a apretar. Mi gato trató de revolverse, arañando los brazos del niño mientras se contorsionaba, pero él no reaccionó. Continuó apretando mientras me miraba con aquella sonrisa clausurada adornando su rostro.

—Suelta a mi gato, crío del demonio. —No sé de dónde saqué las fuerzas para hablar. Incluso fui capaz de dar un par de pasos hacia él antes de volver a quedarme paralizada ante aquella mirada muerta. Sin saber qué otra cosa hacer, empecé a recitar—. Padre nuestro, que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre…

El niño gritó como si acabara de rociarlo con ácido y su figura se desvaneció. Me acerqué a Frodo, que saltó hacia mí desesperado, y con él en brazos eché a correr hacia la tapia del cementerio, mirando una y otra vez hacia atrás, temiendo que aquel engendro nos estuviera persiguiendo. No había nada detrás de nosotros y la salida estaba cada vez más cerca. Entonces oí su voz, mezclada con el sonido del viento entre los árboles.

—Estoy muy solo. Quedaos conmigo.

Aquello me dio aún más fuerzas para correr. Dejé de mirar hacia atrás y me concentré en la pared del cementerio, mientras seguía rezando el Padrenuestro una y otra vez, con una cadencia trepidante y enloquecida. Ya quedaba menos. En unos segundos estaríamos fuera. Entonces oí sus sollozos rompiendo el silencio de la noche, retumbando dentro de mi cabeza con tanta fuerza que estuve a punto de soltar a Frodo para tratar de protegerme los oídos. No era un llanto triste y solitario. Era el berrinche furioso de un niño malcriado. Nosotros éramos sus juguetes y nos estábamos escapando.

No sé cómo fui capaz de saltar la tapia con Frodo en brazos. No lo recuerdo y tampoco me acuerdo de nuestra carrera enloquecida

hasta casa ni de haber abierto la puerta de la calle. Fue como si mi parte más ancestral, la que sólo se preocupa por sobrevivir, hubiera tomado el control durante unos minutos para ponernos a salvo. Cuando volví en mí, estaba sentada en el suelo de la cocina, temblando como una hoja, con la cara cubierta de lágrimas y de mocos. Me levanté corriendo y rebusqué desesperada en un cajón hasta encontrar un rosario bendecido por el Papa que mi abuela me había regalado una eternidad de tiempo atrás. Pasé toda la noche rezando con un fervor que nunca había sentido hasta que, con las primeras luces del alba, me atreví a quedarme dormida.

Tan sólo tres días después volvió a suceder. Había quedado con unos amigos a cenar y tomar un par de copas y, cuando regresé a casa a medianoche, encontré la ventana del salón abierta de nuevo. Sentí que la sangre se me congelaba en las venas y que cada célula de mi cuerpo se estremecía como si un viento helado estuviera atravesándome. Estaba segura de que no había olvidado cerrar la ventana. De hecho, no había vuelto a abrir ninguna desde aquella noche.

Salí a la calle y busqué a Frodo, llamándole sin ninguna esperanza. Sabía que no estaba en los jardines del parque ni debajo de ningún coche. Estaba segura de dónde podía encontrarle. Caminé hasta la tapia del cementerio y comencé a llamarle, desesperada. Sabía que tenía que entrar ahí, que debía salvarle, pero tenía tanto miedo... Varias veces me subí a la tapia, pero volví a bajarme sin atreverme a poner un pie en aquel lugar. Era consciente de que, si entraba, no saldría viva.

Intenté reunir el valor necesario para moverme, pero, según iba pasando el tiempo, el miedo iba paralizándome más y más. Me senté en un banco y enterré la cabeza entre las manos, llorando desesperada. Me sentía muy culpable, pero no podía entrar a ayudar a Frodo. Sólo me quedaba rezar para que pudiera escapar de aquel ser por sí mismo.

Así pasé la noche, tratando de convencerme de que debía hacer algo, pero sabiendo que no era capaz de moverme, sintiéndome la

peor persona del mundo por dejarle abandonado a su suerte.

El amanecer me sorprendió en aquel banco, tan fría y quieta como una estatua de mármol. En cuanto un empleado del ayuntamiento abrió la verja, entré a la carrera y me dirigí hacia la zona de las tumbas blancas. Frodo estaba allí, tumbado sobre la misma lápida, tan quieto como si estuviera dormido. Recogí su cuerpecillo helado y lo apreté contra mí, en un inútil intento de devolverlo a la vida con mi calor. Me quité la chaqueta, lo envolví con ella y regresé a casa.

Durante unos días pensé que todo había acabado, que aquel ser había conseguido su propósito y se quedaría tranquilo. Creí que, poco a poco, podría engañarme, ir olvidando y convencerme a mí misma de que Frodo había muerto por alguna enfermedad o por haber comido algo envenenado, de que nada de lo que vi en el cementerio sucedió de verdad.

Ahora sé que no voy a poder seguir con mi vida como si nada hubiera sucedido. Esta noche me he despertado en la calle. Había dos policías a mi lado, preguntándome qué hacía allí, vestida con un camisón y sin zapatos, en una fría y lluviosa noche de diciembre, tratando de saltar la tapia del cementerio. Les he contado que soy sonámbula, he pedido disculpas y les he permitido que me acompañen a casa.

Esta noche me he salvado, pero sé que no será siempre así. Ese ser me atraerá una y otra vez, como hizo con Frodo. Esta noche he tenido suerte, pero tarde o temprano lo conseguirá. Sé que no servirá de nada pedir ayuda ni cerrar la puerta con mil candados… Desde que posó su mirada muerta en mí, sé que estoy condenada a quedarme a su lado. Para siempre…

Se desperezó en el sofá y cerró su libro. Ya eran las tres de la mañana, pero le encantaba leer a aquellas horas, cuando toda la gente dormía y había un silencio que le hacía creer que el mundo era sólo para ella.

Salió de debajo de la manta y se levantó del sofá. De puntillas, tratando de no hacer ningún ruido, recorrió el pasillo a oscuras hasta llegar a la habitación. Se quedó en la puerta unos segundos, escuchando la respiración tranquila y sosegada de su marido, profundamente dormido. Con mucho cuidado se metió en la cama a su lado y depositó un beso de buenas noches en su cuello. Él se estremeció en sueños, pero continuó dormido. Ella le abrazó por detrás, esperando no enfriarle demasiado y, poco a poco, se quedó dormida.

A la mañana siguiente él despertó con las primeras notas de la alarma del móvil. Era hora de ponerse en marcha de nuevo, pero, como todos los días desde hacía tres meses, le costaba levantarse y enfrentarse al mundo. Miró el lado derecho de la cama. Estaba vacío y sin deshacer. Incluso dormido se negaba a ocupar aquel lugar.

Había vuelto a soñar con ella. Entre las brumas del sueño había percibido un rastro de su aroma, el contacto de su cuerpo, su beso helado… ¿Cuánto tiempo le llevaría acostumbrarse a su ausencia? ¿Cuándo llegaría a aceptar que ella había muerto y se había marchado

para siempre?

Marina abrió la puerta del balcón y aspiró una larga bocanada de aire. Seguía siendo el mismo aire contaminado de su ciudad, pero aquel día olía distinto: a aventura, a libertad… Por fin tenía su propia casa. Su madre había protestado mucho, pero lo había conseguido. Sólo había tenido que ir ganándose a su padre poco a poco: que perdía mucho tiempo todos los días en los atascos para ir a la universidad, que con los gemelos era imposible estudiar en casa… No había podido resistirse. Ella siempre había sido su ojito derecho. Nunca le había costado mucho conseguir cualquier capricho.

Dejó las puertas del balcón abiertas para que el aire fresco expulsara el olor a cerrado y a humedad y empezó a ordenar sus cosas. Todas sus pertenencias estaban en aquellas cajas que llenaban por completo el dormitorio. Se había llevado toda su ropa y sus libros, pero, además, su madre se había empeñado en llenar cajas y cajas con mantas, utensilios de cocina, adornos… Le costaría días colocar todo aquello. Decidió empezar por la ropa.

Media hora después, ya estaba agotada. Salió de nuevo al balcón a contemplar cómo el sol iba descendiendo sobre las calles de Madrid. Su edificio estaba en una calle estrecha y no había mucho tráfico. Incluso podían escucharse los trinos de algunos pájaros. De repente, le llegó otro sonido: las delicadas notas de un piano. Marina se asomó

para tratar de descubrir de dónde venían. Quien quiera que fuera el intérprete era bueno. La melodía era triste y melancólica y estaba interpretada con una delicadeza exquisita. Parecía llegar justo de debajo de su casa. El balcón también tenía las puertas abiertas y las notas escapaban del interior de aquella habitación. Por mucho que se asomó, no pudo ver a nadie, pero se alegró de tener a aquel vecino. Era mucho mejor que tener a un aprendiz de batería.

Volvió dentro y siguió colocando cosas. El pianista interpretó un par de canciones más y la música cesó. Marina corrió hacia el balcón para ver si su vecino se asomaba después del recital, pero las puertas del balcón del piso inferior ya estaban cerradas. Se encogió de hombros y regresó dentro. Ya se encontrarían en la escalera más tarde o más temprano.

Aquella noche se acostó pronto. Estaba agotada por la mudanza, así que, en cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó dormida.

Algo la despertó en mitad de la noche. La luz de la luna llena iluminaba el dormitorio. Las puertas del balcón estaban abiertas y en la habitación hacía muchísimo frío. Se levantó para cerrarlas y escuchó de nuevo las notas del piano. Miró su reloj y se sorprendió al ver que eran las tres de la mañana. ¿Es que su vecino estaba loco? Por muy bien que tocase, aquellas no eran horas de molestar. Se asomó al balcón y vio que las ventanas de abajo volvían a estar abiertas, dejando que la melodía escapara y volara hasta su habitación. Cerró las puertas del balcón, esperando que aquello fuera suficiente para amortiguar el ruido, pero el piano debía estar situado justo debajo de su cama. Pensó un par de veces en levantarse y bajar hasta el piso de su vecino para quejarse, pero decidió dejarlo estar. Acababa de llegar al bloque. No quería tener conflictos desde el primer día.

A la mañana siguiente se levantó agotada. Había dormido muy poco. Desayunó a toda prisa para salir hacia la universidad, mientras se preguntaba si aquellos conciertos nocturnos serían una costumbre para su vecino. No podía ser. El resto de habitantes del edificio se habría quejado. Quizá la persona que tocaba el piano se había sentido más melancólica de lo normal o quizá tenía examen en el

conservatorio justo aquel día y había querido ensayar una última vez. Fuera como fuera, esperaba que por la noche la dejara dormir tranquila.

Cuando regresó de la universidad, se asomó al balcón. Las puertas del balcón de abajo estaban cerradas y de la casa no salía música. Se sentó a su escritorio y se dispuso a estudiar un poco. Nada más abrir el libro, las notas del piano inundaron la habitación. No se lo podía creer. Se levantó enfadada y salió, dispuesta a protestar, pero algo le impidió abrir la boca. La música era tan hermosa, y al mismo tiempo tan triste, que se sintió conmovida. Nunca en su vida había escuchado una melodía que la emocionase tanto. Era más un llanto que una canción, una llamada de un alma que se sentía muy sola… Se quedó apoyada en la pared, abrazándose a sí misma mientras dejaba que la música la envolviese. Cuando la canción terminó, se dio cuenta de que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. ¿Quién era la persona que tocaba así? ¿Cuánto daño le habían causado para ser capaz de transmitir tanto dolor y soledad con solo unas notas?

Se inclinó sobre la barandilla, tratando de vislumbrar algo en el piso de abajo, pero ni siquiera salía luz de aquella habitación. Tan sólo pudo ver unas cortinas raídas que se mecían con la brisa. Estuvo mucho tiempo asomada, con medio cuerpo fuera del balcón, intentando reunir el valor suficiente para llamar a su vecino y conseguir que se asomara. Intentó engañarse a sí misma diciéndose que sólo sentía curiosidad y ganas de comentarle, medio en broma, que esperaba que no hubiese más conciertos nocturnos. Sin embargo, sabía que no era así. Para ella era importante verle, conocer el rostro de aquella persona cuya alma ya había vislumbrado a través de las notas de su piano.

Al cabo de un tiempo se dio cuenta de que estaba quedándose helada. Entró en la habitación, cogió un jersey y volvió a salir. Cuando se asomó, vio que las puertas del balcón de su vecino estaban cerradas. No podía creer que tuviese tan mala suerte. No había tardado ni un minuto. Había estado a punto de ver al misterioso pianista. Negó con la cabeza y se metió dentro. Tendría más suerte en la siguiente

ocasión.

Aquella noche las notas del piano volvieron a despertarla. Esta vez la canción no era dulce y melancólica. A pesar de que la interpretación seguía siendo impecable, parecía que el pianista estaba aporreando las teclas con toda su furia. La melodía no sólo transmitía tristeza y dolor. Había también una violencia descontrolada, una ira desbocada… Era una canción caótica, un canto a la locura, y, sin embargo, seguía siendo muy hermosa.

Después de escuchar absorta durante un par de minutos sentada en la cama, Marina regresó al mundo real. Hacía mucho frío en su habitación. Las puertas del balcón volvían a estar abiertas, a pesar de que ella habría jurado que las cerró después de escuchar al pianista aquella tarde. Se asomó al balcón y vio que las puertas del balcón de abajo también estaban abiertas. Entonces se dio cuenta de algo muy extraño. No salía luz de la habitación de su vecino. ¿Cómo podía tocar a oscuras? A lo mejor era ciego y, por eso, no era consciente de que la gente normal no toca el piano a las tres de la madrugada. Fuese lo que fuese, no estaba dispuesta a pasar por lo mismo noche tras noche.

Se puso una bata, recogió las llaves y salió de casa. Bajó las escaleras cuidando de no tropezarse. El edificio era muy antiguo y, aunque estaba restaurado, los bordes de los escalones estaban redondeados por años y años de uso. Llegó a la puerta de su vecino y tocó el timbre un par de veces, pero no sonó nada. Debía de estar estropeado. En mitad de la puerta vio una antigua aldaba de bronce. Cuando levantó la mano para hacerla sonar, la música del piano cesó.

Marina se quedó unos segundos quieta en el descansillo con la mano levantada, sin saber qué hacer. ¿Es que se estaba riendo de ella? Estaba segura de que si regresaba a su casa, la música se reanudaría. Decidió arreglar aquella situación sin esperar un segundo más. Agarró la aldaba y dio un par de golpes en la puerta. No escuchó nada: ni música ni pasos ni susurros… Volvió a golpear una y otra vez. Sabía que su vecino estaba en casa y que no estaba durmiendo. Tendría que abrir la puerta cuando viese que no estaba dispuesta a marcharse.

Sin embargo, no fue la puerta de su vecino la que se abrió, sino la del

otro lado del descansillo. Un hombre muy anciano, vestido con un pijama blanco y una bata de cuadros, la observaba con cara de mal genio.

—¿Se puede saber qué hace, señorita? No son horas de montar estos escándalos.

—Lo sé, por eso he venido a protestar —contestó Marina, enfadada—. ¿Es que no ha oído el ruido que sale de esta casa?

—En esa casa no vive nadie —dijo el hombre, mirándola como si estuviera loca.

—¿No ha escuchado el piano?

—No tiene ninguna gracia. —El hombre frunció aún más el ceño y le lanzó una mirada de desprecio—. Deje de montar escándalos o tendré que llamar a la policía.

El anciano cerró de un portazo. Marina se quedó quieta en el descansillo, sin saber qué hacer. ¿Cómo era posible que aquel hombre le dijera que allí no vivía nadie? Había escuchado claramente la música que salía de aquella casa, había visto cómo las ventanas del balcón se abrían y cerraban cada tarde. Aquel viejo debía de estar senil.

Regresó a su casa, se quitó la bata y se metió en la cama. En cuanto se tapó con las mantas, la música del piano volvió a sonar. Se sentó en la cama, soltando un gruñido de frustración, y entonces vio que las puertas de su balcón volvían a estar abiertas. ¿Qué estaba pasando? ¿Tendrían el cierre estropeado? No sería tan extraño, dado lo vieja que era aquella casa. Tendría que llamar al casero al día siguiente para que lo arreglase.

Se levantó de la cama y volvió a asomarse. Las puertas del balcón de su vecino volvían a estar abiertas. Gritó varias veces, sin importarle la hora que era. Cualquiera que continuase dormido con la música de aquel piano no se despertaría porque ella gritase un poco. Sin embargo, no consiguió nada. Su vecino no dejó de tocar ni se asomó a ver qué quería.

Aquello ya estaba llegando demasiado lejos. Estaba segura de que

estaba oyendo como le llamaba y que seguía ignorándola. Volvió a salir de casa y golpeó de nuevo con la aldaba. La música se detuvo y la vivienda se sumió en el silencio. Marina siguió llamando, una y otra vez, hasta que el anciano de la puerta de al lado volvió a salir al descansillo, llevando una cachava en su mano.

—¿Es que está usted loca? —El anciano levantó la cachava, amenazante—. Ya le he dicho que en esa casa no vive nadie.

—No puede ser. Estoy oyendo el piano continuamente. Es imposible dormir así.

El anciano se la quedó mirando con el ceño fruncido, como si estuviera evaluándola. Al cabo de unos segundos, bajó la cachava.

—¿De verdad está oyendo un piano?

—Por supuesto que sí. ¿Es que usted no lo oye?

El viejo negó con la cabeza. Marina se dio cuenta de que la mirada del hombre ya no transmitía enfado. La miraba con curiosidad genuina y, quizá, con algo de miedo.

—Hace más de cuarenta años que no vive nadie en esa casa… desde la muerte del chico.

—¿Qué chico?

—Pase dentro. Se lo contaré.

Marina dudó unos instantes. No conocía a aquel hombre de nada, pero no parecía peligroso, ni siquiera cuando había enarbolado la cachava. Parecía muy débil y estaba muy encorvado. Sus manos artríticas le recordaron a las ramas nudosas y retorcidas de un árbol viejo. Aquel hombre no le haría nada malo y ella necesitaba saber.

Le siguió hasta la cocina. El hombre puso agua a calentar y preparó dos tés en unas tazas de porcelana desportilladas que parecían tener más años que él. Cuando terminó, se sentó frente a Marina y empezó a hablar:

—El chico vino a vivir aquí hace muchos años junto con su esposa. Eran gente de provincias, pero los padres de él eran muy ricos. Poseían muchas casas aquí, en la capital, y ésa era una de ellas —dijo

señalando con la cabeza hacia el descansillo—. Cuando les conocí, me di cuenta de que tenían muchos pájaros en la cabeza.

El anciano le dio un trago a su té y metió la mano en el bolsillo de la bata para sacar un paquete de Ducados. Con manos temblorosas encendió un cigarrillo y, después de dar un par de profundas caladas, continuó hablando.

—Querían trabajar en el mundo del espectáculo, en el teatro. Él era pianista y ella era actriz. Soñaban con hacerse famosos y triunfar. La verdad es que él tocaba de maravilla. Nunca he oído una música tan hermosa… —Durante unos segundos el hombre se quedó en silencio, con la mirada perdida, como si estuviera inmerso en su recuerdo—. Creo que ella se llamaba Amanda. Era una chica muy guapa. Se parecía un poco a usted... Decían que actuaba bien. Supongo que podrían haber conseguido su sueño.

—¿Y qué pasó? —intervino Marina.

—Ella le abandonó. Se fue con un ricachón, un empresario teatral que le prometió convertirla en una estrella.

—¿Y él?

—Se encerró en esa casa a tocar el piano día y noche. Creo que se volvió loco. No sé cómo explicarlo, se notaba en su música. Cuando dejó de tocar, supimos que algo malo había pasado. La policía lo encontró ahorcado en su piso. Desde entonces, la casa ha estado vacía.

Marina notó que un escalofrío le recorría la espalda. Miró al anciano, tratando de descubrir si estaba burlándose de ella. El hombre parecía sincero, pero seguramente sólo trataba de asustarla para que dejase de despertarle una y otra vez. Decidió volver a casa y olvidar todo aquello hasta el día siguiente. Aquella noche tendría que resignarse a no dormir, pero, cuando regresara de la universidad, llamaría a la puerta de su vecino y hablaría con él. Y, si se seguía negando a abrirle la puerta, avisaría a la policía la primera noche en la que se le ocurriera volver a posar las manos sobre el piano.

—Me habré equivocado entonces. Quizá el sonido venía de otra casa —se disculpó Marina mientras se levantaba de la silla—. Lamento

muchísimo haberle despertado.

El anciano asintió y la dejó ir mientras seguía mirándola extrañado. Seguramente pensaba que estaba loca. Marina abrió la puerta de la calle y cruzó el descansillo. En cuanto puso un pie en el primer escalón, volvió a escuchar las notas del piano. Se dio la vuelta, furiosa, pensando que, seguramente, el pianista y el viejo estaban compinchados para volverla loca. Quizá querían que se marchara del edificio, aunque no podía imaginarse por qué.

Se giró hacia la puerta, dispuesta a aporrearla hasta que la abriesen o a tirarla abajo, pero se la encontró abierta, entornada unos centímetros. La música del piano seguía surgiendo del interior. Volvía a sonar una canción dulce y hermosa que parecía llamarla. Empujó la puerta con cuidado y dio dos pasos dentro de la casa.

El pasillo estaba oscuro, pero la luz que llegaba del descansillo le permitía ver. En aquella penumbra pudo distinguir varios muebles viejos, tapados con sábanas. El lugar olía a polvo, a cerrado, a humedad, como si en verdad aquella casa llevase décadas abandonada. Marina se dio cuenta de que, con cada pisada, dejaba huellas en el polvo acumulado en el pasillo. No había más huellas. Parecía que ella era la primera persona que entraba en aquella casa en años.

Descubrió un retrato en una pared. Era una fotografía en blanco y negro. Mostraba a una joven que se parecía mucho a ella. Su mismo pelo largo y lacio, sus mismos ojos redondos, su sonrisa de labios finos… Se quedó mirando aquella foto, hipnotizada, sin poder moverse. De repente, escuchó un golpe a su espalda. La puerta de la casa se había cerrado, dejándola sumida en la oscuridad.

Corrió hacia la puerta y trató de abrirla, pero el picaporte no cedió. En aquel momento, las notas del piano cesaron y escuchó el ruido del taburete al arrastrarse sobre el suelo de madera. Se apoyó contra la puerta sintiendo que le faltaba el aire, mientras una silueta de hombre se aproximaba por el pasillo.

—Bienvenida de vuelta, Amanda. Llevo tanto tiempo esperando tu

regreso…

A todos los que alguna vez hayáis maltratado a algún animal.

Ojalá ardáis en el infierno.

Damián entró en el corral con un saco en la mano. ¡Puta perra! ¿Por qué tenía que haberse quedado preñada? Como si él no tuviera bastantes problemas en su vida.

Se acercó a Martina y la observó. Parecía que por fin había acabado de parir. Alrededor de ella se veían cuatro bultos que se movían y emitían gemidos. Aún estaban mojados y con el pelo pegado. Uno de ellos alzó la cabeza hacia él. Ni siquiera podía abrir los ojos todavía. Aquellos bichos no eran más que un engorro. Él no podía encargarse de cuatro cachorros. Y, además, no tenía la menor gana de hacerlo. Lo que necesitaba era que su mastina se recuperase de inmediato y volviera a cuidar de la casa y de la granja. No podía permitirse que se pasara dos o tres meses dando de mamar a aquellos bichos que no le servían para nada. Él ya tenía bastante con Martina y la muy desgraciada comía más de lo que se merecía. No iba a cargar con otros cuatro perros.

Se puso en cuclillas, abrió el saco y tendió la mano para coger al primer cachorro. Martina trató de incorporarse y retiró los belfos para enseñarle los colmillos, mientras gruñía amenazadora. Damián dio un par de pasos atrás y recogió el palo que tenía apoyado al lado de la

puerta del corral. Los gruñidos de Martina fueron reemplazados al instante por un gemido de miedo. Ya había probado el palo muchas veces. No se atrevería a enfadarle y hacer que lo usara de nuevo.

Dejó el palo al alcance de su mano por si lo necesitaba y fue metiendo uno tras otro los cachorros en el saco. Había dos de color negro y dos de color marrón. Martina era una perra de color canela, así que los cachorros negros debían de haber salido al padre. Aquello confirmaba sus sospechas de que había sido Moro, el perro de Genaro, el que había saltado la valla para preñar a su perra, por mucho que su vecino se empeñara en negarlo. Si volvía a ver a ese puto perro rondando a Martina, le metería un tiro entre ceja y ceja.

Uno de los cachorros de color negro se removió en sus manos. A pesar de lo pequeño que era, parecía que se hubiese dado cuenta de su destino y que tratara de escapar. Damián lo observó con curiosidad. Tenía los ojos abiertos, uno de color negro y otro azul, y parecía que le estuviera mirando. Damián lo empujó dentro del saco y recogió al último cachorro, uno de los de color canela. Tenía las patas de color blanco, al igual que la punta de la cola. Durante un momento, Damián se planteó que quizá fueron unos cachorros bonitos y que podría sacar algo por ellos. Después de unos segundos, negó con la cabeza y cerró el saco. No quería arriesgarse a tener que mantenerlos durante meses para que al final nadie los quisiera. Sería mucho más fácil deshacerse de ellos en aquel momento.

Se puso el saco al hombro y salió del corral. En cuanto cerró la puerta, escuchó el aullido de Martina. Parecía un grito de pena, una llamada de auxilio. Los cachorros se removieron en el saco y gimieron angustiados, como si quisieran acudir a la llamada de su madre. Damián removió un poco el saco para asustarlos y que se quedaran quietos y continuó su camino. Los tristes aullidos de Martina le acompañaron durante muchos metros.

Dejó atrás la granja y tomó el camino que llevaba a Tíndalos. Por suerte, era una noche agradable de mediados de verano. El contenedor de basura en el que pensaba dejar a los cachorros estaba a un kilómetro de su casa, pero podría aprovechar el paseo para continuar

hasta el pueblo, ir al bar de Paco y tomarse unos vinos.

No había nadie en la carretera a aquellas horas. Damián se alegró de ello. No tenía ganas de encontrarse con alguien que le reprochara lo que iba a hacer. A la gente le gustaba mucho meterse en los asuntos de los demás y últimamente estaba todo el mundo muy agilipollado con aquello de los derechos de los animales. Todas aquellas tonterías venían de la gente de la ciudad. Tenían a los animales dentro de casa, les llevaban al veterinario, les daban comida especial… Hasta había estúpidos que les compraban ropa. Los animales eran animales. Sus únicos derechos eran trabajar y servir al amo que les daba de comer.

Tras girar una curva divisó por fin el contenedor. Apresuró sus pasos. Los cachorros no pesaban mucho, no más de cuatro kilos entre todos, pero resultaba molesto llevarlos a la espalda tanto rato. Cuando llegó junto al contenedor, miró a ambos lados de la carretera para asegurarse de que no había nadie. Como si se dieran cuenta de lo que iba a pasarles, los cuatro cachorros comenzaron a gimotear. Damián se preguntó qué hacer. No habría problema con el chaval que llevaba el camión de la basura. Era uno de aquellos imbéciles que siempre iban con los cascos puestos, escuchando esa música moderna que no tenía ni pies ni cabeza. No escucharía a los perros por mucho que chillaran. El único peligro era que alguien se acercase a tirar basura y los oyera. Si encontraban a los cachorros allí, no le sería muy difícil a la policía saber quién los había tirado. Todos los vecinos habían visto a Martina cada vez más hinchada y sabían que había estado preñada. La gente decía que con las nuevas leyes te podían poner una buena multa por maltratar o matar animales. Incluso podías llegar a ir a la cárcel. No podía arriesgarse a eso por unos putos perros. Sin pensarlo más, agarró el saco y lo golpeó varias veces contra las paredes del contenedor hasta que los gritos de los cachorros se extinguieron. Después abrió la tapa y los tiró dentro. Siguió caminando hacia el pueblo sin mirar atrás una sola vez. Se tomaría unas copas para celebrar que se había librado del problema.

Unas horas después regresó a casa. Se había pasado con el vino y se sentía mareado. Al pasar por delante del contenedor, levantó la tapa y

miró dentro. No quedaba nada. El camión de la basura ya había pasado. Todo había salido bien.

Cuando llegó a casa, se asomó al corral para ver a Martina. En cuanto abrió la puerta y dio dos pasos dentro del oscuro cubículo, la perra se le lanzó encima, gruñendo con los belfos retirados. Damián cogió el palo que había dejado al lado de la puerta y lo levantó amenazador. La perra reculó, asustada, aunque siguió gruñéndole amenazante. Parecía que la muy puta no quería perdonarle el haberse llevado a sus cachorros. Damián blandió el palo y se acercó a ella. Iba a recordarle quién mandaba allí.

Unos minutos después, arrojó el palo ensangrentado al suelo. Mierda, se había pasado con la perra. No tendría que haber bebido tanto. Martina yacía de lado en un charco de sangre. No se movía ni hacía ningún sonido. La había matado. Hacía unas horas tenía cinco perros y ahora se había quedado sin ninguno. Bueno, alguno de sus vecinos tendría uno que pudiera darle. Tampoco era tanta pérdida. Martina había sido una perra un poco tonta y muy vaga. Lo único que se le daba bien era comer.

Pensó en llevar el cadáver hasta el contenedor, pero desechó la idea de inmediato. Una cosa era llevar un saco con cachorros y otra muy distinta recorrer un kilómetro cargando con los sesenta kilos que debía pesar la perra. La enterraría en el jardín.

Cogió una pala, salió fuera y empezó a cavar. Por suerte, había llovido bastante aquel verano. La tierra estaba reblandecida y fue fácil abrir un agujero. A pesar del fresco de aquella noche, el ejercicio hizo que entrara en calor y que, en pocos minutos, su cuerpo se cubriera de una capa de sudor. Cuando terminó, se quedó unos segundos al lado del hoyo para recuperar la respiración. Ya no tenía edad para aquel tipo de trabajos. Y todavía le quedaba sacar el cuerpo de la perra del corral y llevarlo hasta allí.

Pensó que quizá podría dejarlo para el día siguiente, pero decidió no arriesgarse. No quería que algún vecino cotilla le viese enterrarla y le denunciara. Pensándolo bien, aquello era lo mejor que podía haberle pasado. Podría decirle a la gente que la perra se había escapado antes

de parir y que no sabía qué habría sido de ella y de los cachorros.

Entró en el corral, agarró a la perra de las patas traseras y tiró de ella. Martina gimió, un ligero sonido de dolor. Todavía estaba viva, pero, viendo sus heridas, no podía quedarle mucho. Damián volvió a tirar de la perra hasta conseguir sacarla del corral. Aquel cuerpo inerte pesaba aún más de lo que había pensado y le costó mucho esfuerzo arrastrarlo hasta el hoyo. Una vez lo tuvo allí, lo empujó para arrojarlo dentro. Escuchó un nuevo gemido de la perra cuando su cuerpo golpeó en el fondo. Sin pensarlo un segundo, cogió de nuevo la pala y empezó a echar tierra en el agujero. Cuanto antes terminara, antes podría ir a dormir y olvidarse de todo aquello.

La Navidad había llegado de nuevo. Para Damián aquello no era ningún motivo de celebración. Su mujer había muerto hacía años y sus hijos habían emigrado a la ciudad y estaban demasiado ocupados para venir a pasar unos días con un viejo. No había preparado nada para aquella noche, pero podría pasarse por el pueblo antes de que cerraran el bar y tomarse unos cuantos vinos. Aquella era la mejor manera que se le ocurría de celebrar la Nochebuena.

Se puso un grueso abrigo, una bufanda y las botas de agua. Hacía una tarde horrible: frío, lluvia y un viento que golpeaba contra las ventanas como si pidiera que lo dejaran entrar. No era un buen día para recorrer los dos kilómetros que había hasta Tíndalos, pero la idea de pasar todo el día metido en casa sin hablar con nadie era aún más deprimente. Si tenía suerte y se daba prisa, quizá incluso encontrara a algunos vecinos con los que jugar una partida de mus y hablar un rato.

Salió de casa, se subió la bufanda para que le cubriera la boca y la nariz y empezó a andar hacia el pueblo a paso rápido. No se cruzó con nadie, pero no se sorprendió. Mucha gente del pueblo se había marchado para pasar las navidades con su familia. Allí sólo quedaban los que ya no tenían a nadie.

Al pasar cerca del contenedor de basura se detuvo. Había escuchado

algo, una especie de gruñido quedo. Miró alrededor, pero no vio nada. Tan sólo le pareció percibir algo de movimiento entre los árboles cercanos. Tendría que haberse traído su palo. Podía haber perros asilvestrados o incluso algún lobo. Sin embargo, no escuchó nada más.

Un coche pasó por su lado, levantando agua de los charcos del camino. Damián volvió a ponerse en marcha y apresuró el paso hacia el pueblo. Cada vez llovía con más fuerza. No hacía día para estar parado.

Unas horas después, tras tomarse media docena de vinos y jugar una partida al mus, Damián se preparó para marcharse. Paco, el dueño del bar, estaba ya recogiendo las sillas. Él sí contaba con una familia con la que pasar la Nochebuena y tenía prisa por cerrar. Damián se ató el abrigo, se anudó la bufanda, se caló bien el gorro y salió a la calle.

A pesar de que sólo eran las siete de la tarde, ya era noche cerrada. Seguía lloviendo y el viento soplaba aún con más fuerza, jugando con las hojas muertas y ululando en las esquinas. Damián apresuró el paso. Quería llegar a su casa cuanto antes.

Las calles del pueblo estaban vacías. No había gente ni coches. El único ruido que se oía era el motor del camión de la basura terminando su ronda cuanto antes para poder disfrutar de la noche libre. Damián tomó el camino que llevaba hasta su granja e intentó andar lo más rápido posible. Aquel tiempo no era bueno para su reuma.

Cuando pasó al lado del contenedor, volvió a escuchar el gruñido. En aquella ocasión estuvo seguro de no haberlo imaginado. Se escuchaba más cerca, más continuo, como el motor al ralentí de un coche. Era ese gruñido que salía directamente del pecho de los perros cuando están furiosos de verdad, cuando van a atacar sin avisar siquiera.

Las ramas de los árboles se movieron y un par de perros negros se cruzaron en su camino. Eran dos mastines enormes con el pelo pegado al cuerpo por la lluvia. Se quedaron parados en la carretera, con el cuerpo inclinado hacia delante, las patas separadas y la cabeza baja. Le miraban fijamente, mientras enseñaban sus colmillos, de los que

colgaban hilos de baba espesa. Damián se quedó mirando los ojos de uno de los perros: un ojo azul y otro negro. Le parecía familiar, pero no podía recordar dónde había visto aquellos ojos antes.

Empezó a andar hacia atrás muy despacio, sin dejar de mirarlos. Lo mejor sería regresar al pueblo y pedir que le dejaran un buen palo o, aún mejor, una escopeta. No se había movido más de tres pasos cuando escuchó nuevos gruñidos a su espalda. Se giró y vio otros dos mastines de color marrón. Uno de ellos tenía las patas y la punta de la cola de color blanco. Recordó a los cachorros que había tirado en aquel contenedor hacia unos seis meses. No podían ser ellos. Sólo era una puñetera casualidad.

En aquel momento escuchó un aullido y las ramas de los arbustos cercanos se movieron. Una perra enorme de color canela apareció frente a él. Damián abrió la boca mientras miraba cómo la perra se acercaba. Era Martina, no tenía ninguna duda. Era imposible. Él mismo la había matado y la había enterrado en su jardín. Aquello tenía que ser una pesadilla.

Como si estuvieran sincronizados, los cinco perros empezaron a acercarse a él. Seguían gruñendo y enseñándole los dientes. Damián sintió su odio, sus ganas de vengarse, de destrozarle a mordiscos en medio de aquel camino y devorarle. Estaba rodeado. No tenía ninguna vía de escape. Les gritó y abrió los brazos para parecer más grande y amenazador, pero los perros no detuvieron su avance. Damián miró a todos lados, rezando para que apareciese alguien, buscando una manera de escapar, pero lo único que encontró fue el contenedor de basura. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia allí. En cuanto dejó de mirar a los perros, estos salieron en su persecución. Damián no miró hacia atrás, ni siquiera cuando notó como uno de los perros enganchaba el bajo de su pantalón y lo desgarraba. Abrió la tapa del contenedor y, a pesar de su edad, consiguió meterse dentro de un salto y volver a cerrar.

Se quedó allí agachado, envuelto por el olor pegajoso y dulzón de la basura. Los perros seguían fuera. Golpeaban el contenedor, lo arañaban con sus garras, lo empujaban de un lado a otro. Damián

temió que lo derribaran. Si conseguían tirarlo y abrir la tapa, estaría perdido.

Se limitó a quedarse quieto, sintiendo que nada de aquello podía ser real. Aquellos perros estaban muertos, Martina estaba muerta. ¿Cómo era posible que hubieran sobrevivido y hubieran crecido hasta convertirse en los demonios que ahora le atacaban?

En aquel momento escuchó otro sonido por encima de los gruñidos y ladridos de los perros. Era un motor que se acercaba por el camino. Tenía que conseguir llamar la atención del conductor para que pidiera ayuda. Intentó levantar un poco la tapa del contenedor, pero, en cuanto la abrió unos centímetros, un hocico babeante se coló dentro, tratando de atrapar una de sus manos entre sus dientes afilados. Volvió a cerrar la tapa, asustado. El motor se oía cada vez más cerca. Tenía que conseguir que le viera o estaría perdido. Intentó abrir la tapa de nuevo. El perro negro de los ojos bicolores se puso de pie de un salto y estuvo a punto de colarse dentro del contenedor. Damián tuvo que empujar su cabeza con todas sus fuerzas, tratando de mantener las manos alejadas de aquella boca que se abría y cerraba tratando de atraparle.

Volvió a dejarse caer en el suelo del contenedor. Le faltaba el aire allí dentro. Sentía su respiración acelerarse más y más mientras el motor se acercaba. Dentro de poco, pasaría de largo. No podía esperar que aquella persona se detuviera al ver a cinco mastines enloquecidos atacando un contenedor de basura. Nadie haría una locura así.

Contra todo pronóstico, el motor pasó de largo y se detuvo. Después escuchó como el vehículo daba marcha atrás lentamente, hasta quedar parado justo al lado del contenedor con el motor encendido. Se atrevió a abrir sólo un par de centímetros y distinguió el camión de la basura. Unos dientes afilados se clavaron en la tapa. Damián tuvo que hacer un gran esfuerzo para tirar de ella y volver a cerrarla.

No entendía nada. ¿Es que el chico del camión de la basura no había visto a los perros? Si salía, le devorarían vivo. Tenía que quedarse dentro y llamar a la policía. Empezó a gritar con todas sus fuerzas para que el chico pudiera oírlo y se diera cuenta del peligro. Sin

embargo, unos segundos después, escuchó el sonido de la puerta del camión al cerrarse y unos pasos sobre el camino encharcado.

Los perros seguían fuera, gruñendo y ladrando. Era imposible que el chaval no los viera, que no le estuvieran atacando. Sin embargo, el chico llegó sin problemas hasta el contenedor y lo empujó hacia la trasera del camión para engancharlo con el mecanismo que servía para izarlo y verter la basura en el interior. Damián sintió que el contenedor se levantaba del suelo. Gritó y gritó para que el chico se diera cuenta de que estaba allí, pero se vio lanzado dentro del camión, rodando entre bolsas y desechos. Entonces recordó los puñeteros cascos que el chaval siempre llevaba puestos. No podía oírle por mucho que gritara. Tendría que salir por sí mismo.

Empezó a reptar hacia la parte trasera del camión para llegar a la salida, pero los perros estaban allí. Se habían puesto de pie, con las patas delanteras apoyadas en la compuerta del camión, y le miraban fijamente. Ya no gruñían. Si eso hubiera sido posible, Damián habría dicho que sonreían, pero no había nada de amable en aquella sonrisa.

Cuando el camión se puso en movimiento, Damián volvió a trepar para tratar de salir. Los perros seguían detrás del camión, pero pronto los dejarían atrás y el podría saltar fuera. En aquel momento, sintió un movimiento en el interior de la tolva y escuchó el sonido de un mecanismo. Los rodillos de compactación empujaron su cuerpo hacia el fondo y empezaron a comprimirlo junto al resto de la basura, mientras él lanzaba alaridos de agonía.

Sólo los perros escucharon aquellos gritos. Cuando Damián dejó de gritar, se dieron la vuelta hacia el bosque y se difuminaros en la niebla.

15 de agosto de 2017

Todo empezó con una pequeña mancha de moho en la pared de mi cuarto. Apareció hace cuatro o cinco días y, en el primer momento, no le di importancia. Traté de quitarla con un trapo e incluso conseguí que se borrara un poco, pero volvió a aparecer al cabo de unas horas.

En estos días ha ido creciendo y ya es casi tan grande como la palma de mi mano. No sé a qué puede deberse. Sé que sólo es una mancha y que no debería darle importancia, pero, cada vez que la veo, me pongo muy nervioso. Siento que la respiración se me altera y me entran ganas de llorar. Sonará ridículo, pero me da asco y algo de miedo. Despierta en mí todo tipo de emociones negativas que una ridícula mancha de moho no debería despertar.

No pienso darle más vueltas a esto. Esta tarde pasaré por una tienda de bricolaje y compraré alguna pintura antihumedad. Tengo que conseguir que esa cosa desaparezca.

17 de agosto de 2017

Vuelve a estar ahí. La puñetera mancha vuelve a estar ahí. Hice todo lo que me dijeron en la tienda de bricolaje. Lavé la pared con agua y lejía diluida hasta eliminar el moho por completo. Cuando

desapareció, dejé secar la pared y pinté con una pintura especial antihongos que me costó un ojo de la cara. La pared quedó perfecta. Sé que es una estupidez, pero me sentí bien, orgulloso de mí mismo.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, la mancha volvía a estar ahí y era incluso más grande. He llamado a la tienda para protestar por la mierda de pintura que me han vendido, pero dicen que no es culpa suya, que seguramente hay una fuente de humedad que está empapando la pared y que la mancha volverá a salir mientras no lo resuelva.

No sé qué fuente de humedad puede haber. La pared no da al exterior, sino a otra habitación de mi casa. Además, no creo que haya ninguna tubería que pasé por ahí. No sé qué hacer. Me gustaría ignorarla y no sentirme tan desdichado cada vez que la miro. Sé que es ridículo, pero me da la impresión de que, cuando la contemplo, mi alma se tiñe de su insano color negruzco. No sé que voy a hacer.

18 de agosto de 2017

La puta mancha me está volviendo loco. No puedo pensar en ninguna otra cosa.

Ocupa más de medio metro y ha empezado a supurar un líquido oscuro y viscoso que huele fatal: a podrido, a plantas muertas, a cadáveres en descomposición. Ni siquiera puedo respirar aquí dentro.

He llamado a un albañil para que haga un agujero en la pared y busque la causa de la humedad. Vendrá mañana.

19 de agosto de 2017

¡No la ve! ¡El puñetero albañil dice que no ve la mancha! Mide casi un metro de largo por medio de ancho. Ocupa la mitad de la puta pared, pero él insiste e insiste en que no la ve. Dice que mi pared está perfectamente y que ahí no hay nada.

Tendría que haberle echado de mi casa. Está claro que se está

riendo de mí o que quiere volverme loco. Quizá esté compinchado con la mancha.

Me ha dado igual lo que dijera. Yo soy el cliente y yo pago, así que le he ordenado que echara la pared abajo y buscara el origen de la humedad. Se ha encogido de hombros y ha tirado la pared, pero allí no había nada. No hemos encontrado ninguna tubería y lo más curioso es que los ladrillos estaban secos. No lo entiendo.

El albañil ha vuelto a levantar la pared y me ha dicho que espere un par de días a que el cemento se seque para pintarla de nuevo. Espero que la mancha no aproveche que falta la pintura para salir más rápido de la pared.

21 de agosto de 2017

Esta mañana me he levantado antes y he pintado la pared. Estaba preciosa, tan blanca... Me he quedado tanto rato contemplando su perfección que he llegado tarde al trabajo.

Cuando he vuelto a casa la mancha de moho volvía a estar ahí. Es ya tan grande como el día que tiramos la pared. No he conseguido retrasar su avance.

El líquido viscoso vuelve a supurar y resbala hasta el suelo, impregnándolo de un mejunje pegajoso que huele a animales muertos. No puedo dormir en esta habitación. Cerraré esta puerta con una cadena y un cerrojo para que la mancha no salga y dormiré en el cuarto de invitados.

22 de agosto de 2017

Me persigue. Cuando me he despertado, estaba en la pared del cuarto de invitados. Era más tenue, como si todavía no tuviera fuerza, pero estoy seguro de que es la misma mancha. He corrido hasta mi cuarto, he quitado la cadena y he abierto la puerta. La mancha de mi pared se ha ido diluyendo, perdiendo color. No sé cómo, pero está consiguiendo pasar a la otra habitación.

Me pregunto cómo será de fuerte, hasta dónde será capaz de seguirme. ¿Podría aparecer en otra pared si me cambio de casa o si me voy a un hotel? ¿Tendré que pasarme la vida huyendo, condenado a no dormir dos noches seguidas en la misma habitación?

23 de agosto de 2017

La mancha ha parado de crecer y ahora va ganando definición. Ya no es un borrón informe. Es una silueta humana. Y sé de quién es.

24 de agosto de 2017

Los rasgos de su cara ya son reconocibles. No debí hacerlo, sé que no debí hacerlo. ¿Qué puedo hacer ahora para que me perdone? No puedo devolverle la vida.

Me he arrodillado frente a la pared suplicando clemencia, jurándole que me arrepiento, pidiéndole que me deje en paz, pero la mancha sigue ahí. Me ha parecido que sonreía, que se reía de mi desesperación.

Sé que saldrá y me matará, que se cobrará su venganza.

25 de agosto de 2017

No puedo más. Ese olor a podrido está por todas partes. No me deja respirar.

Me siento fatal, mareado, al borde del ataque de nervios... Todo me altera: los crujidos de la madera, el gotear del grifo del baño, los pasos de mis vecinos… Todo me hace pensar que se ha liberado de la pared y que viene a por mí.

He decidido vigilarla todo el rato. No sé qué haré cuando por fin salga, pero no me pillara desprevenido. Lucharé por mi vida con todas mis fuerzas. Igual que hizo ella…

Los recuerdos me atormentan. Veo sus ojos abiertos bajo el agua, siento sus manos aferradas a mis brazos, sus pataleos, sus

convulsiones… No debí ahogarla, no debí matarla, pero se habría chivado. Le habría dicho a la gente lo que le había hecho. Mi hermana, mi pobre hermana… ¿No vas a tener compasión de mí? Me equivoqué. Sólo era un crío asustado. Me arrepiento, me arrepiento, ME ARREPIENTO. ¡Perdóname!

13 de septiembre de 2017

No pude soportarlo más y me entregué. Era la única manera de que ella me perdonara. Acudí a la policía y lo conté todo. Han encontrado su cuerpo en el lago y le han dado sepultura. Ahora podrá descansar en paz.

Han sido unas semanas horribles. Todo el mundo cree que soy un monstruo: el asesino, el violador, el incestuoso, el loco… Ya no hay sitio para mí entre los demás mortales.

Me han encerrado en la unidad psiquiátrica de una cárcel de máxima seguridad. Es imposible dormir por las noches en este sitio. En cuanto las luces se apagan, el corredor se llena de gritos, cánticos, sollozos…Éste no es mi lugar. Yo no estoy loco.

Al menos tengo una celda para mí solo y mi psiquiatra me ha permitido recuperar mi diario. Dice que puede ser positivo para mí escribir y ordenar mis pensamientos y sentimientos, que, de alguna manera, ayudará a mi curación. Sé que no tengo que curarme de nada, pero me ha alegrado tener de nuevo este viejo cuaderno entre las manos.

Hablando de mi psiquiatra, no es mal tipo. Le conté lo de la mancha de moho y me escuchó hasta el final sin poner cara rara ni juzgarme. Supongo que no será lo más extraño que ha escuchado aquí. No acabó de creerme del todo. Dice que la mancha no existía en realidad, pero que era real para mí. Opina que se trataba de una alucinación provocada por mis sentimientos de culpa y que, según vaya asumiendo lo que hice y perdonándome a mí mismo, me encontraré mejor. Ojalá sea así. Me encantaría creerle.

21 de septiembre de 2017

¡Está aquí! Me ha encontrado. La puta mancha me ha encontrado. Me he despertado esta mañana por el olor a podrido que inundaba la celda. La mancha ya es muy grande, muy oscura, muy presente. Supura ese líquido asqueroso, que se va quedando pegado a la pared haciendo que la mancha cobre volumen. No tardará mucho en escapar de ahí y venir a por mí.

Me he puesto a gritar hasta que han venido mi celador y mi psiquiatra. Se la he señalado, les he pedido de rodillas que me cambien de celda. Ellos insisten en que en la pared no hay nada.

PRUEBA Nº 46 DEL INFORME DEL CASO 472/17

Los documentos adjuntos son un extracto de los diarios del interno Esteban Gutiérrez proporcionados por su psiquiatra. Dicho recluso apareció muerto en su celda la mañana del 22 de septiembre de 2017.

Tras el estudio del caso, la lectura de sus diarios y de los informes psiquiátricos y los resultados de la autopsia, se concluye que el interno falleció a causa de una insuficiencia respiratoria aguda. Dado que nadie pudo entrar en su celda, deducimos que fue él mismo quien se infringió las marcas de ahogamiento que aparecieron en su cuello.

No hemos encontrado explicación para las manchas oscuras que impregnaban la piel del difunto. Los resultados del laboratorio indican que están causadas por un hongo denominado Chytridiomycota, muy común en los biomas de agua dulce como lagos y ríos. Ignoramos cómo ha podido llegar hasta la celda.

CASO CERRADO

Hugo se sube a la cama como siempre lo ha hecho. Nunca ha sido de esos gatos que saltan sobre tus tobillos, despertándote en medio de la noche de un susto. Él sube tranquilo, despacio, sin que apenas se le note. Después recorre la cama con andares elegantes, buscando su lugar preferido: la curva de mis piernas, justo detrás de mis rodillas. Una vez ahí, gira un par de veces sobre sí mismo y se tumba hecho un ovillo, apretando su espalda contra mí.

Siempre me había resultado una sensación agradable y hogareña, siempre me había dado paz, pero esta noche no. Después de unos minutos de sentirlo apoyado contra mí, recuerdo aterrada que Hugo lleva más de seis meses muerto.

—Tiene que dejar aquí todas sus pertenencias, señora Guevara. —La joven le dirigió una amable sonrisa mientras colocaba frente a ella una caja de color blanco.

Alicia la miró sin comprender. Ya le habían confiscado la maleta a la entrada y le habían hecho cambiar sus ropas por una de aquellas ridículas túnicas blancas. ¿Qué más quería aquella chica?

—¿No querrá que deje mi documentación y mis tarjetas de crédito?

—Por supuesto, señora. —La joven volvió a sonreír y le acercó un poco más la caja por encima del mostrador—. Mientras permanezca aquí, no las necesitará.

La chica no dijo una palabra más. Se limitó a mirarla con aquella estúpida sonrisa de muñeca en la cara. A Alicia le entraron ganas de darle un tortazo, sólo para ver si era capaz de seguir sonriendo, pero se contuvo, resopló e introdujo su cartera en la caja.

—El móvil también, por favor.

—¿El móvil? No, no, no… Eso es imposible. No puedo estar sin móvil.

—No está permitido que conserve nada que la ate al mundo exterior. Usted aceptó todas estas reglas al firmar el contrato.

—Si tengo que estar sin móvil, me voy. —Alicia apoyó las dos manos

en el mostrador y le lanzó una mirada amenazadora a la recepcionista. Aquella barbie de porcelana no iba a amedrentarla.

—Si ése es su deseo, puede hacerlo, pero tengo que advertirle de que no devolvemos el importe de la estancia.

Alicia continuó mirando con odio a la chica mientras pensaba. No podía regresar a casa y decirle a Roberto que había renunciado al regalo que le había hecho por su cumpleaños. Miró alrededor: todo tan limpio, tan moderno, tan elegante… Tres días en aquel sitio debían de costar una fortuna. Roberto había insistido mucho en que ella necesitaba aquellos tres días de relax. Para ser sinceros, más que insistir le había obligado a aceptar. Su matrimonio no iba bien últimamente. Ella estaba cada vez más estresada por su trabajo, pasaba demasiado tiempo fuera de casa y, cuando regresaba, no hacían otra cosa más que discutir… Aunque había tratado de hacerle ver a Roberto que era algo temporal y que volvería a ser ella misma cuando cerrasen el próximo contrato, su marido había acabado por darle un ultimátum: o acudía a aquel sitio para que le enseñaran a relajarse o su matrimonio habría terminado.

Volvió a mirar a la rubia y cambió su gesto agresivo por una amable sonrisa. La joven seguía en la misma posición, con las manos a ambos lados de la caja, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Comprendo todo lo que me estás diciendo y estoy de acuerdo en dejar mi móvil, pero dentro de dos días tengo que hacer una llamada muy importante a un cliente. Mi futuro profesional depende de ello. ¿Sería posible que me devolvieras el móvil ese día para hacer esa única llamada?

—No, lo siento. Son las reglas —contestó la joven—. Pero no se preocupe. Se encontrará tan a gusto y tan relajada aquí, que no necesitará hacer esa llamada.

Alicia se quedó tan sorprendida que no supo qué contestar. ¿Es que aquella chica era gilipollas o estaba hablando con un robot? Le estaba diciendo que era una llamada vital para su carrera. No había clase de yoga ni sesión de aromaterapia que pudiera cambiar aquello. Con un

resoplido de resignación, introdujo su móvil en la caja. Volvería a pedírselo dentro de dos días y, si seguían sin devolvérselo, regresaría a casa y podría decirle a Roberto que al menos lo había intentado y que ya se encontraba mucho mejor.

—Bienvenida al spa del alma. —La joven cerró la caja y la depositó en una estantería situada a su espalda, junto a una docena de cajas gemelas—. Acompáñeme, por favor. Le enseñaré su habitación.

Una suave música de violines inundaba el jardín. Alicia estaba tumbada debajo de un almendro en flor junto a otras cuatro personas. El objetivo del ejercicio era relajarse sin hacer absolutamente nada, disfrutando de la música, del paisaje y de los fabulosos zumos de frutas que un camarero se encargaba de rellenar en cuanto vaciaban el vaso. A pesar de que aquella inactividad le resultaba casi antinatural, Alicia pensó que podría acostumbrarse a ella. No se había sentido tan relajada en toda su vida.

Llevaba ya día y medio en aquel lugar y tenía que reconocer que era un paraíso. Circuitos de aguas termales, sesiones de relajación, masajes… Incluso le habían hecho un tratamiento de belleza con barro que había rejuvenecido su piel veinte años. Aquella mañana se había mirado al espejo y se había visto más guapa. Los ojos le brillaban, su sonrisa era sincera y las perpetuas arrugas de su ceño habían desaparecido.

Oyó el sonido de unas campanillas lejanas y notó que sus compañeros empezaban a moverse. Era la llamada para comer. Se levantó y se dirigió al comedor. A pesar de que llevaba todo el día sin gastar energía, tenía un hambre voraz.

Recogió una bandeja de comida y buscó algún banco en el que sentarse. Había una mujer cerca de los ventanales que daban al jardín. Parecía simpática. Se dirigió hacia allí y se detuvo antes de ocupar un sitio.

—¿Te importa que me siente aquí contigo?

—No, para nada. —La mujer señaló la silla que tenía enfrente—. Soy

Carmen.

—Yo soy Alicia. Encantada.

Empezó a comer, mientras su compañera dejaba el tenedor en el plato y se dedicaba a mirar por la ventana, embelesada con el paisaje.

—Es muy curioso. Pensaba que iba a odiar este sitio y creo que ahora lo echaré de menos —comentó, casi como si hablara para sí misma.

—¿Te marchas ya?

—Sí, me voy mañana. Esta noche tenemos la ceremonia de despedida. —La mujer se echó hacia atrás en su asiento y suspiró—. No me había sentido tan en paz en ningún otro lugar del mundo. Ahora me da pena abandonar este oasis de calma y volver al mundanal ruido.

—Yo sólo llevo aquí un día y también he notado que mi manera de sentirme ha cambiado mucho. Si no fuera porque tengo negocios importantes fuera, creo que no me importaría quedarme una temporada larga.

—¿Negocios importantes? ¿A qué te dedicas?

—Grandes operaciones inmobiliarias. Antes de venir aquí estaba tratando de cerrar la venta de un centro comercial a un grupo asiático. —Alicia se quedó pensativa unos segundos. Después se inclinó hacia su compañera de mesa para susurrarle—. Has dicho que te marchas mañana, así que te devolverán todas tus cosas. Antes de irte, ¿te importaría que nos encontráramos en el jardín para que me dejases hacer una llamada con tu móvil? Tengo que ultimar unos detalles importantes y esta gente no quiere entrar en razón.

—Por supuesto. —La mujer soltó una risilla traviesa—. Será divertido saltarse las normas.

La mañana estaba siendo estupenda. Había comenzado con un fantástico desayuno, al que había seguido una sesión de yoga, una hora en el jacuzzi, una sesión de meditación y un maravilloso masaje relajante con aromaterapia. Nunca en su vida se había sentido mejor. Ahora se encontraba de nuevo en el jardín, disfrutando de la vista de

las montañas y del sonido adormecedor de un arroyo cercano, mientras se tomaba un zumo tras otro. Estaban buenísimos. Nunca había tomado nada mejor. Podría tomárselos por cubos.

Al girar la cabeza hacia el edificio principal, vio salir a Carmen, su compañera en el comedor el día anterior. Ya no llevaba la túnica blanca, sino un traje de chaqueta muy elegante. Recordó la promesa que le había hecho. Le dejaría usar su teléfono móvil y podría hablar con su oficina para ultimar los detalles de la operación y asegurarse de que todo estaba correcto.

Se sorprendió al darse cuenta de que no tenía ganas de levantarse y hacer aquella llamada. Sus preocupaciones por el trabajo, que días antes la obsesionaban, parecían parte de uno de esos sueños que se desvanecen al llegar la mañana. Lo único que le apetecía era continuar allí relajada y tomarse un zumo tras otro.

De todas maneras, se levantó de la tumbona y se dirigió a donde estaba Carmen. Ya que la mujer había sido tan amable de ofrecerle usar su teléfono, no podía hacerle el feo de no presentarse. Se acercó a ella y la saludó:

—Buenos días, Carmen. ¿Ya te vas?

—Sí, ya ha terminado mi estancia aquí. —La mujer miró el paisaje con expresión soñadora y tomó una larga bocanada de aire, como si quisiera impregnarse de aquel ambiente antes de irse—. Echaré de menos este sitio.

—Recuerdas lo que hablamos ayer, ¿verdad? —preguntó Alicia en un susurro—. Ibas a dejarme usar tu teléfono móvil.

La expresión de la mujer cambió al instante. Su sonrisa desapareció y le lanzó una mirada airada. En lugar de contestarle, se giró hacia uno de los empleados del spa.

—Disculpe. Esta mujer está tratando de saltarse las normas. Me ha pedido que le deje utilizar mi teléfono móvil.

—Muchas gracias por avisar. —El joven se giró hacia Alicia, la tomó del brazo y la guió de vuelta hacia el jardín—. Señora Guevara, sabe que lo que está pidiendo contraviene todas nuestras normas.

—Pero es que tengo que hacer una llamada muy importante —protestó Alicia.

—Nada es más importante que la paz de su espíritu. Mañana saldrá de aquí y podrá hacer todas las llamadas que quiera. Por favor, limítese a disfrutar de su estancia. —El chico le señaló la tumbona que ella había abandonado minutos antes e hizo una seña al camarero para que volviera a llenar su vaso de zumo—. Esta noche es la ceremonia de despedida y tiene que estar descansada.

—¿Qué se supone que vamos a hacer en esa ceremonia? —preguntó Alicia mientras se recostaba.

—Es una sorpresa, pero le gustará. Después de la ceremonia, comenzará una nueva vida para usted. Se lo aseguro.

Ya estaban preparados para la ceremonia. Sólo eran cuatro personas: dos hombres y dos mujeres. Les habían guiado por el bosque hasta llegar a un claro. Una vez allí, les sentaron en unos bancos de piedra colocados en círculo. En el centro brillaba una inmensa hoguera. El claro estaba iluminado por antorchas y de algún lugar indeterminado surgía una melodía. Alicia pensó que no era el tipo de música que llevaba escuchando desde que llegó, aquella sucesión de canciones instrumentales de relajación que parecían todas iguales. La canción que inundaba el claro era diferente, más intensa, más oscura... Alicia notaba que aquella música se le clavaba dentro, erizando su piel y despertando extrañas sensaciones.

El personal había cambiado sus uniformes blancos por unas túnicas negras adornadas con extraños símbolos bordados con hilo rojo. Llevaban puestas las capuchas, ocultando sus rostros, y entonaban cánticos. Se preguntó por qué no estaba asustada. Seguía sintiéndose tranquila y en paz. Una parte de su mente, que aún no estaba adormecida, le sugirió que aquello era extraño y peligroso, pero su cuerpo no reaccionó. No quería moverse ni escapar. Lo único que le apetecía era otro de aquellos zumos.

Como si le hubieran leído el pensamiento, uno de los encapuchados se

acercó llevando una bandeja con cuatro cuencos. Tomó el suyo y lo agradeció con una sonrisa. Se lo bebió de un par de tragos, a pesar de que el sabor era diferente. Tenía un regusto metálico, a cobre oxidado. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era el sabor de la sangre, pero no se asustó ni sintió asco. Lo único que pensaba era que quería más.

Sintió que sus sentidos se iban adormilando. Veía el claro y a sus compañeros sumidos en una espesa y oscura niebla. La música había descendido de volumen, pero, al mismo tiempo, había acelerado su ritmo. Parecía sincronizarse con los latidos de su corazón y esparcirse por todas sus células a través de su sangre.

Uno de los encapuchados elevó los brazos al cielo y empezó a recitar en voz alta. Alicia no entendió ni una sola de sus palabras. Hablaba en un idioma extraño, un lenguaje misterioso que ella no había escuchado nunca. Las palabras del hombre eran coreadas por el resto de encapuchados, que se mecían a uno y otro lado al ritmo de la música.

Entonces lo sintió. Había alguien con ella. No cerca, no a su lado, sino dentro. Una presencia se había introducido en su interior y trataba de ocupar su mente, de devorar su alma… Volvió a sentir la sensación de alarma, pero sólo duró un segundo. No merecía la pena luchar. Aquello era lo que debía ser.

Cuando el coche de Alicia se detuvo, su marido salió a la puerta de casa a recibirla con una sonrisa. En cuanto ella se bajó del coche, él la tomó de las manos y la contempló como si la viera por primera vez.

—Bienvenida a casa, Astartea.

—Me alegro de verte, Astaroth —contestó ella, devolviéndole la sonrisa mientras le evaluaba—. Este nuevo cuerpo te queda bien.

—No puedo decir lo mismo del tuyo. No hay cuerpo humano que pueda emular tu belleza.

Ella sonrió como una gata satisfecha, dejó que su esposo recogiera su maleta y le acompañó al interior de la casa.

—¿Dónde están los niños? —preguntó.

—En el colegio.

—En cuanto lleguen las vacaciones de Navidad tenemos que hacer que pasen unos días en el spa. No pienso aguantar a esos mocosos más tiempo.

—Por supuesto, querida. ¿Se te ocurre más gente a la que podamos invitar?

—Sí, mi “hermana” y su marido. Dentro de un mes es su aniversario de boda y seguro que agradecen que les regalemos una estancia en un spa de lujo.

—Es una idea fantástica. Necesitamos más cuerpos para los nuestros cuanto antes. La venida de Nuestro Señor Lucifer está cerca y debemos estar preparados.

El sonido del móvil la sacó del sueño. Antes de contestar, Diana miró la hora que aparecía en la pantalla. Ni siquiera eran las diez de la mañana. Pensó en taparse la cabeza con la almohada e ignorar la llamada. Era domingo. Las mañanas de los domingos se habían creado para dormir hasta mediodía. ¿Por qué la llamaba Patricia a aquellas horas? Maldiciendo entre dientes por tener una amiga tan pesada, se sentó en la cama y contestó.

—¿Qué quieres, Patricia? —dijo a modo de saludo.

—Están muertas, Diana. Están muertas…

Durante unos segundos, Diana no reaccionó. Se quedó con el móvil pegado a la oreja sin saber qué responder ni a quiénes podía estar refiriéndose su amiga. Se apretó el puente de la nariz con los dedos, tratando de despejarse y comprender.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quiénes están muertas? —preguntó, dándose por vencida.

—Mónica y Lucía.

Aquello la despejó por completo. ¿Cómo iban a estar muertas? Habían estado con ellas la noche anterior. Por un segundo, se planteó que quizá aquella llamada formaba parte de un sueño. Sí, eso tenía que ser. Había soñado que sonaba el móvil y que se despertaba, pero, en

realidad, seguía plácidamente dormida en un mundo en el que a sus amigas no les había sucedido nada.

—¿Cómo que han muerto? Eso es imposible…

—Se mataron en un accidente con el coche después de salir de tu casa —la voz de Patricia se quebró y fue sustituida por unos sollozos histéricos—. ¿Crees que puede tener algo que ver con lo que pasó anoche?

—No digas tonterías —Diana trató de controlar los nervios, mientras su mente aún luchaba por asimilar la noticia—. ¿Sabes qué les pasó?

—Su coche cayó por un acantilado. Lo he visto en las noticias. Dicen que lo están investigando, porque el accidente es muy extraño. No parece que perdiesen el control ni hay marcas de frenazos en la carretera. Es como si se hubiesen tirado por el barranco… No tendríamos que haber jugado con esas cosas…

—Patri, tranquilízate —le ordenó Diana—. Puede que Mónica hubiera bebido demasiado, puede que fuera distraída y no viese alguna curva, puede que se quedara dormida al volante… Hay muchas explicaciones lógicas para lo que ha pasado. Deja que la policía lo investigue.

—Sabes que no es eso, Diana…

Suspiró, intentando deshacer la opresión que se había formado en su pecho. A ella tampoco le convencían las explicaciones que le había dado a Patricia. Sabía que Mónica solamente se había tomado un par de cervezas al comienzo de la noche y que, para cuando salió de su casa, ya no podían estar haciéndole ningún efecto. Sabía que era muy difícil que fuese tan distraída como para no ver el barranco. Mónica había recorrido el camino entre sus casas cientos de veces. Y, desde luego, era imposible que se hubiera quedado dormida con todo lo que hablaba Lucía. La explicación se le escapaba, pero la policía encontraría la respuesta. No debían dejarse llevar por la histeria.

—He hablado con sus padres y me han dicho que los cuerpos llegarán al tanatorio a mediodía. ¿Me acompañarías?

—Claro. Voy a prepararme y, cuando esté, te llamo para pasar a recogerte.

—Muchas gracias. No quería ir sola —la voz de Patricia volvió a teñirse de llanto—. Esto es tan horrible, Diana... No puedo creerme que ya no estén.

—Lo sé. Yo tampoco. Nos vemos en una hora.

Colgó el teléfono y se quedó unos minutos sentada en la cama sin saber qué hacer. Se resistía a moverse. Comenzar a prepararse para acudir al tanatorio significaba asumir que lo que había dicho Patricia era cierto, que sus dos amigas habían muerto. Le daba la impresión de que, al levantarse y abandonar del todo la idea de que aquello era una pesadilla, convertía sus muertes en algo más real.

Le habría gustado poder ir corriendo a refugiarse en los brazos de sus padres, pero habían ido a pasar unos días al pueblo. Por eso había podido dar una fiesta en su casa la noche anterior. Si no hubiera dado aquella fiesta, Mónica y Lucía seguirían vivas. No, no debía pensar esas cosas. Todo había sido un accidente. No tenía nada que ver con lo que habían estado haciendo.

Decidió que lo mejor era ponerse en marcha y no pensar. Un café, una ducha rápida, vestirse y salir a buscar a Patricia para ir al tanatorio. Las familias de Mónica y Lucía tendrían más datos sobre lo que había pasado.

Le costó tragar el café. Le sabía salado, a lágrimas. Después de bebérselo, se metió en la ducha y se permitió llorar unos minutos, dejando que el agua caliente se llevase el llanto que cubría su rostro. Se secó el pelo y se puso unos vaqueros y una camisa oscura. Ya estaba preparada, al menos físicamente. No quería ir al tanatorio, no quería enfrentarse al dolor de sus familias ni contemplar sus cuerpos, que le confirmarían que estaban muertas y que nunca volvería a verlas. Sintió que un nuevo sollozo se abría paso a través de su garganta, pero se forzó a controlarse. Tenía que llamar a Patricia y ser fuerte por las dos. Sin pensarlo más, cogió el móvil y llamó a su amiga.

Los tonos fueron sucediéndose, uno tras otro, sin que nadie contestara. Era extraño. Patricia tendría que estar ya preparada y esperando su

llamada. Un gran peso se le instaló en el estómago, haciendo que le doliera. Un negro presagio se abrió paso en su mente: había pasado algo malo. Antes de que aquel pensamiento echara raíces, escuchó con alivio como contestaban la llamada.

—¿Quién es? —dijo una voz de hombre.

—Disculpe, creo que me he confundido.

—¿Por quién pregunta?

—Quería hablar con Patricia.

—No se ha confundido. Éste es su número.

—¿Y quién es usted? —preguntó Diana, sintiendo que el negro presagio volvía a clavar las garras en su alma.

—Soy el inspector Vega, de homicidios. ¿Podría hacerme el favor de identificarse?

—¿Homicidios? No entiendo…

—Por favor, dígame su nombre y su relación con la víctima…

Diana sintió que se le acababa el aire. Aquel hombre acababa de referirse a Patricia como “la víctima”. ¿Qué le había pasado? Aquello tenía que ser una pesadilla. Rezó a Dios para que lo fuera, pero la voz del hombre interrumpió sus ruegos.

—Por favor, tengo que insistir en que se identifique.

—Soy Diana Fernández, una amiga de Patricia. Había quedado con ella para pasar a recogerla.

—Siento comunicarle que Patricia ha fallecido. Las circunstancias de su muerte parecen indicar que se ha suicidado.

—¿Suicidarse Patricia? Eso no tiene sentido…

—Su familia la ha encontrado ahorcada en su cuarto. No puedo darle más detalles hasta que terminemos la investigación. ¿Podría llamarla a este número en caso de que necesite hacerle alguna pregunta?

—Sí, por supuesto…

—Siento mucho su pérdida, señorita Fernández —dijo el hombre antes

de colgar.

Diana se derrumbó en la cama. Se sentía como si el mundo hubiera frenado y se hubiera puesto a girar en la dirección contraria. Nada de aquello tenía sentido. Recordó a Patricia, su risa fácil, sus bromas, su energía incontenible... Era imposible que hubiera muerto y mucho más que se hubiera suicidado. No, Patricia no. Nunca.

Necesitaba respuestas o se volvería loca, así que decidió salir hacia el tanatorio. Además, aunque no quería reconocérselo a sí misma, estaba empezando a asustarse. Tenía que salir a la calle y estar rodeada de gente para alejar el miedo que empezaba a instalarse en su pecho.

Se puso una chaqueta y salió al pasillo. De repente sintió que algo la paralizaba. Un frío glacial la rodeó. No era su imaginación. Podía ver con claridad la pequeña nube de vapor que surgía de sus labios con cada respiración. Aquel frío empezó a invadir su cuerpo, inundándola de pena, de soledad, de amargura, de desesperanza… Aquellos sentimientos negativos le robaron las fuerzas. Sintió que las piernas no la sostenían y que su vista se nublaba. Todo se volvió blanco, como si estuviera sumergida en un mar de leche.

Cuando recuperó el sentido, se encontraba de pie en el cuarto de baño. Estaba desnuda, contemplando cómo la bañera iba llenándose de agua caliente. El vapor inundaba la estancia y había empañado el espejo. Se sintió muy confusa. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo había llegado hasta el baño? ¿Por qué se había desnudado? ¿Por qué iba a bañarse? Lo último que recordaba era que iba a salir hacia el tanatorio.

La respuesta le resultó clara y tranquilizadora. Todo había sido un sueño, una horrible pesadilla. Ahora seguía durmiendo, pero el sueño había cambiado. Sólo tenía que despertar para olvidar todo aquello y volver al mundo real, en el que nada malo había sucedido. Trató de alcanzar el albornoz, pero su brazo no respondió a la orden de su cerebro. En lugar de ponerse algo y salir del baño, su cuerpo se inclinó hacia la bañera y metió la mano en el agua. El contacto fue cálido y agradable. Después sacó la mano y cerró el grifo.

Diana intentó moverse y salir de allí, pero su cuerpo seguía sin

obedecerle. Se asustó y trató de gritar, pero de su garganta no brotó ningún sonido. Su cuerpo seguía moviéndose con tranquilidad dentro del cuarto de baño, ajeno a las órdenes que ella trataba de transmitirle. Aquello no podía estar sucediendo, pero, si era un sueño, era la pesadilla más extraña que había tenido jamás.

Sus manos se dirigieron al armario del baño y abrieron el cajón que su padre tenía reservado. Diana observó horrorizada como sus manos revolvían hasta encontrar la caja de las cuchillas de afeitar. Intentó gritar, llorar, resistirse, pero su cuerpo seguía sin obedecerle. Se había convertido en una cárcel de la que no podía escapar.

Contempló, sin poder hacer nada para evitarlo, como su cuerpo desnudo se introducía en el agua. Se inclinó hacia atrás, hasta reposar su nuca en el borde de la bañera. Después extendió el brazo izquierdo y, con tranquilidad, casi con mimo, deslizó la cuchilla por su muñeca. Diana se esforzó al máximo por detenerse, trató de gritar, de volver a tomar el control… No sucedió nada. Su cuerpo seguía sin responder a su voluntad. Ahora sostenía la cuchilla con la mano izquierda para hacer un nuevo corte en la muñeca derecha.

Cuando hubo terminado, dejó la cuchilla en el borde de la bañera y volvió a recostarse, como si estuviera disfrutando del relajante baño. La sangre manaba de sus muñecas abiertas, tiñendo el agua de color rosa. En aquel momento, Diana lo entendió todo. No había sido Mónica quien había dirigido su coche hacia el barranco. No había sido Patricia la que había colocado la soga alrededor de su cuello. Había sido el mismo ser que ahora controlaba su cuerpo, el ser que habían invocado la noche anterior durante la sesión de ouija que ella se había empeñado en hacer, el ser que solamente les había transmitido dos palabras:

—Mañana moriréis.

Cuando Álex regresó al salón con la botella de champán, se encontró a Julia poniéndose la chaqueta mientras se dirigía a la puerta.

—¿Dónde vas? ¿No ibas a quedarte a tomar una copa?

—No, me marcho. No puedo quedarme —contestó ella sin detenerse.

—Bueno, esto… ¿Puedo llamarte para quedar otro día?

—No, no quiero saber nada más de ti —Julia abrió la puerta y se giró durante un segundo. Negó con la cabeza, apenada—. Lo siento mucho. No es culpa tuya.

Después de decir aquellas palabras, salió y cerró de un portazo. Álex se quedó escuchando el acelerado ruido de sus tacones bajando las escaleras. Ni siquiera había querido esperar al ascensor. Dejó la botella sobre la mesa y se sentó en el sofá, mirando al infinito. ¿Qué era lo que estaba equivocado en él? Era la tercera chica que se le escapaba en menos de un mes. A las dos anteriores ni siquiera las había visto marchar. Habían aprovechado el tiempo que él tardó en ir al baño para largarse sin dar ninguna explicación.

Tenía que haber alguna razón. Las citas parecían ir de maravilla durante toda la noche. Hablaban y bromeaban en la cena, iban a bailar y a tomar unas copas… Parecía que estaban a gusto y que había complicidad entre ellos, pero, en el momento en el que llegaban a su

casa, todas se marchaban. ¿Habría algún problema con la decoración?

Decidió que lo mejor sería dejar de intentarlo durante una temporada, por mucho que sus amigos insistieran en que tenía que salir y conocer a algunas mujeres para olvidar a Cristina. Ya hacía más de un año de su muerte. Él se sentía preparado para intentarlo, pero algo debía haber equivocado en su comportamiento para que todas huyeran de él como de la peste.

Lo mejor sería olvidarlo por aquella noche e irse a la cama. Por la mañana podría decidir qué hacer. Apagó la luz del salón y se dirigió al dormitorio, solo como cada noche. Era una lástima. Aquella no era la manera en la que había planeado terminar la velada.

Cuando las luces se apagaron, Cristina salió de las sombras y sonrió. Lo había vuelto a conseguir. Era tan sencillo asustar a aquellas golfas… Bastaba con aparecer unos segundos y susurrarles con voz lúgubre “Él es mío. Si vuelves a verle, te mataré”.

Se planteó que quizá debería presentarse también delante de Álex para que dejase de intentar conseguir una nueva pareja. Aquella insistencia en serle infiel no podía quedar sin castigo. Él siempre le había prometido amor eterno. Aquello de “hasta que la muerte os separe” no podía aplicarse en su caso.

La inspectora Amézaga entró en la sala de interrogatorios y se sentó frente a la detenida. La mujer tenía la cabeza apoyada sobre la mesa y los brazos extendidos hacia delante. Su larga melena castaña y desgreñada se extendía como un nido de culebras, ocultándole el rostro.

La inspectora se sentó frente a la acusada y carraspeó un par de veces para llamar su atención. La mujer no reaccionó. Siguió en la misma postura. Si no fuera por el leve temblor de sus hombros y los sollozos ahogados, podría haber pensado que estaba muerta.

—Señora García, ¿podría hacerme el favor de incorporarse? Tengo que hacerle unas preguntas.

La mujer tardó unos segundos en moverse. Se irguió poco a poco, como si cualquier pequeño movimiento le costase un mundo. La inspectora tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse impasible ante aquellas ojeras oscuras, aquellos ojos rojos, aquella piel pálida manchada de rímel… El rostro de aquella mujer reflejaba un dolor inmenso, una desesperación más allá de todo consuelo. Tuvo que recordarse a sí misma que ya había estado otras veces ante criminales que parecían del todo inocentes. Debía sacarle la verdad a aquella mujer cuanto antes. Se les acababa el tiempo.

—Va a volver a preguntarme lo mismo. —La voz de la mujer la sorprendió, haciendo que diese un respingo—. Ya les he dicho la verdad a sus compañeros un montón de veces y nadie me ha creído.

—Puede que yo sí lo haga. Puede que yo capte algún detalle que a ellos se les ha escapado y que consiga convencerme de que lo que cuenta es verdad. Quizá le sea más fácil comunicarse con una mujer y que yo sea más comprensiva.

La inspectora fingió una sonrisa y se forzó a estirar su mano para apretar la de la mujer, tratando de transmitirle que podía confiar en ella. No le gustaba usar aquellos trucos, pero no había más remedio. Tenía que conseguir que se sincerase.

La mujer le devolvió una triste sonrisa y asintió. La inspectora sacó su grabadora, la colocó sobre la mesa y pulsó el botón para empezar a grabar.

—Interrogatorio número 4 a la acusada Miren García Robles. Son las 04:15 del 15 de noviembre de 2017. Señora García, ¿podría usted contarnos con todo detalle la desaparición de su hija?

—Todo comenzó cuando nos mudamos a la nueva casa, hace cuatro meses…

—¿En serio tiene que remontarse tanto tiempo para decirnos dónde está su hija?

—Sí. Si no lo hago así, no podrá creerme. Le ruego que me escuche hasta el final.

—Está bien, prosiga.

—Mi marido y yo habíamos comprado una casa antigua en las afueras. Era preciosa y nos había salido muy bien de precio. Tuvimos que pasar meses reformándola, pero pensábamos que merecería la pena. Cada vez que imaginaba a nuestra pequeña Laura corriendo por el enorme jardín, se me dibujaba una sonrisa en la cara.

—¿Qué edad tenía su niña cuando llegaron allí?

—Ocho meses. Mi marido decidió que, ya que teníamos una casa con tantas habitaciones y que la niña solía dormir de un tirón todas las

noches, ya era hora de que tuviese un cuarto para ella sola. Yo hubiera preferido que siguiera durmiendo con nosotros, pero admití que él tenía razón y preparamos un cuarto para la niña justo enfrente del nuestro, al otro lado del pasillo. Aunque dejaba las puertas de las dos habitaciones entreabiertas y podía oír perfectamente si lloraba, compré un vigilabebés.

—¿Un vigilabebés? ¿Qué es eso?

—Usted no tiene hijos, ¿verdad? —La mujer esperó hasta que la inspectora negó con la cabeza antes de seguir hablando—. Un vigilabebés es una especie de walkie-talkie que se activa cuando el niño hace algún ruido. De esa manera, tú puedes moverte por toda la casa llevando el receptor sin preocuparte de no oír al niño si llora. El que yo compré era de los mejores del mercado: cámara con visión nocturna, ajuste de volumen… Incluso te indicaba la temperatura que hacía en la habitación de la niña.

—Sigo sin ver a dónde va todo esto, señora García —interrumpió la inspectora.

—Ya estamos llegando a lo importante. Deme un poco más de tiempo.

—De acuerdo. Continúe.

—Una noche me desperté sintiéndome intranquila. Me senté en la cama, confusa, sin saber qué era lo que me había despertado… y entonces vi que el vigilabebés se había activado. En la pantalla sólo se veía a mi niña durmiendo tranquila, pero se escuchaba algo. Un tarareo lejano, una voz de mujer que canturreaba una nana. Me levanté corriendo y entré en la habitación de la niña, pero allí no había nadie. Me convencí a mí misma que debía haber estado medio dormida y que lo había soñado. Pero no pude engañarme durante mucho tiempo.

—¿Qué pasó?

—Volvió a repetirse. No sucedía todas las noches. Dos o tres veces a la semana como mucho. Me despertaba y escuchaba aquel canto. Cada vez sonaba más cercano, más claro. Y, además, me di cuenta de otra cosa: mientras se escuchaba esa canción, la temperatura de la

habitación descendía más de veinte grados. En un primer momento pensé que el termómetro se había estropeado, pero, cuando entraba en la habitación de la niña, yo también lo notaba. Se podía ver el vaho que salía de mi boca y de la de Laura. Hacía un frío horrible allí dentro. Y, además, también estaba aquel olor…

—¿Qué olor?

—No podría describirlo bien. Olía a perfume de mujer, pero a perfume antiguo, a flores marchitas…

—¿Qué hizo usted? ¿Se lo comentó a su marido?

—Sí, pero no me creyó. Me dijo que seguramente el sonido era alguna interferencia, que habría algún otro vigilabebés en las cercanías que transmitía en la misma frecuencia… Como yo insistía tanto, lo llevó a la tienda para que lo revisaran y, a pesar de que el servicio técnico contestó que al aparato no le pasaba nada, él no paró de protestar hasta que se lo cambiaron por uno nuevo. Dio igual… Al cabo de pocos días, la voz volvió.

—¿Seguía siendo igual?

—No del todo. Ya no era un tarareo lejano. Podía distinguir claramente la voz de una mujer cantando eso de “Buenas noches, mi amor, te decía cantando…”. ¿Conoce la canción? —La inspectora asintió, pero la mujer no prosiguió su relato de inmediato. Unos gruesos lagrimones resbalaron por su rostro y la voz se le quebró por los sollozos—. No pude aguantarlo más. Apagué aquel maldito aparato y me traje a la niña a dormir a nuestro cuarto. Mi marido protestó y me dijo que me estaba volviendo loca, pero a mí me dio igual. Sabía que había algo rondando a nuestra niña y no iba a permitir que la atrapara.

—Bien. Entonces apagó el vigilabebés y ya no sucedió nada más. ¿Qué tiene que ver eso con la desaparición de su niña? ¿Dónde está Laura?

—Yo también pensé que todo se había acabado, pero no fue así. Esta tarde dejé a Laura en su habitación, jugando dentro del parque, mientras yo recogía un poco la casa. Estaba guardando ropa en el armario de mi habitación cuando, de repente, escuché un ruido a mi

espalda, como de estática, como sonaban antes los televisores si no estaban sintonizando una cadena… Me giré y vi que el vigilabebés estaba encendido. Me quedé helada. Llevaba semanas sin utilizarlo, las baterías tendrían que haberse descargado, pero estaba encendido. Y entonces empezó a sonar de nuevo…

—¿El qué?

—La maldita canción, esa puñetera nana. Entonces me di cuenta de algo muy extraño. Como le he dicho la habitación de Laura estaba justo al otro lado del pasillo. Si hubiera alguien cantándole, yo tendría que estar oyéndolo, pero sólo se oía a través de aquel maldito cacharro. Lo cogí de la mesilla para apagarlo y entonces la vi. Había una mujer de pie al lado del parque de Laura.

—¿Podría describirme a esa mujer?

—Era morena y llevaba una coleta baja. Vestía con ropa oscura, un vestido largo y negro que llegaba hasta el suelo.

—¿Le vio usted la cara?

—No —La mujer se quedó callada y se cubrió el rostro con las manos, mientras negaba una y otra vez con la cabeza. Por sus sollozos, la inspectora se dio cuenta de que estaba muy cerca de la histeria.

—Tranquilícese. ¿La mujer no se giró en ningún momento? ¿No pudo ver nada de su cara?

—Sí se giró, pero no tenía rostro… ¡No había nada allí! Sólo una sombra oscura…

—Eso no puede ser…

—Yo sé lo que vi… Aquello no era una mujer normal. Era un fantasma, un monstruo, algo que había venido de otro mundo a llevarse a mi niñita. Tiré el vigilabebés y corrí hacia la habitación de Laura, pero cuando llegué no había nada.

—¿La mujer ya no estaba?

—No. Y Laura tampoco. Se la había llevado.

La mujer volvió a reclinarse sobre la mesa llorando desesperada,

golpeando la mesa con las manos mientras gritaba.

—¡Se ha llevado a mi niña! ¡Esa cosa se ha llevado a mi niña! ¿Por qué no me creen?

La inspectora Amézaga se levantó, recogió su grabadora y salió de la sala de interrogatorios. Toda aquella conversación no había servido para nada. Había dicho lo mismo que en los interrogatorios anteriores. Cada vez parecía más claro que la había matado y se había inventado todo aquello para poder alegar locura en el juicio.

Después de pedir a sus compañeros que solicitaran que un psiquiatra pasase a ver a la señora García para evaluarla y recetarle algún sedante, salió de comisaria y se dirigió a su coche. Lo mejor sería que se pasara por el lugar de los hechos para ver si podía encontrar alguna pista que les llevase hasta la pequeña Laura o lo que quedase de ella.

Cuando llegó a la casa, vio un coche de policía aparcado con las luces encendidas. Parecía que sus compañeros continuaban dentro, inspeccionado la casa. Llamó a la puerta y el agente Alzola abrió y la invitó a pasar con gesto cansado.

—Buenas noches, Alzola. ¿Habéis encontrado algo?

—Nada. La puerta no está forzada y las ventanas tampoco. Hemos tomado huellas por toda la casa, pero apuesto lo que sea a que van a coincidir con las de los padres. Aquí no ha habido nadie más que ellos.

—¿Ya no tenéis nada más que hacer?

—No. Estoy esperando a que Torres termine de interrogar al padre y nos iremos. ¿A qué has venido tú?

—Voy a echar un vistazo a las habitaciones para hacerme una idea del escenario. No tardaré mucho. ¿Me esperáis?

Alzola asintió y ella subió las escaleras que llevaban al segundo piso. Entró en la primera habitación que encontró. Era un dormitorio de matrimonio. Sobre la cama había varias toallas dobladas, un par de pantalones y algunas camisas. Aquello coincidía con la historia de la señora García, según la cual ella estaba guardando ropa cuando un espectro maléfico llegó para llevarse a su hija. A un lado de la cama

encontró el vigilabebés tirado en el suelo. Lo recogió y lo observó durante unos segundos. La pantalla estaba apagada, al igual que el piloto que indicaba la batería. Parecía descargado.

De repente, la luz se encendió y la pantalla se llenó de motitas blancas y negras. Sólo se oía un zumbido molesto, pero, poco a poco, empezó a percibir otro sonido. Un tarareo, una melodía lejana cantada con voz de mujer. La voz se fue acercando y haciéndose más clara:

Buenas noches, mi amor,

Te decía cantando

Con su dulce media voz

A dormir, a dormir…

Que mañana tendrás

Una nueva ilusión.

Salió corriendo del dormitorio y entró en la habitación de enfrente. Era el cuarto de la niña, pero allí no había nadie. Su mirada se fijó de inmediato en el otro vigilabebés, el que estaba transmitiendo. También estaba encendido.

En aquel momento, le llegó otro sonido a través del vigilabebés. Era el llanto de una niña y la voz de una mujer que susurraba:

—Tienes que dormirte, mi cielo. Ahora yo soy tu mamá.

Miró la pantalla del aparato. Mostraba la misma habitación en la que ella estaba, pero en la pantalla había una niña en la cuna, llorando desconsolada. A su lado, una mujer alta y morena, vestida de negro, le acariciaba la cara. La inspectora paseó la mirada de la habitación a la pantalla una y otra vez, sin poder entender qué estaba pasando. La mujer de la pantalla se giró hacia la cámara y se llevó un dedo a los labios para exigirle silencio, pero no había labios, no había rostro. Sólo oscuridad, una sombra informe… Y, entonces, el aparato se apagó.

Cuando dejó de temblar, bajó a reunirse con sus compañeros. No les dijo ni una sola palabra mientras salían de la casa y se dirigían a sus coches. Nadie la creería, ni siquiera ella sabía qué era lo que había

visto allí. Sólo estaba segura de una cosa. Nunca encontrarían a Laura.

Desde sus inicios el ser humano siempre se ha hecho la misma pregunta: ¿Qué hay después de la muerte?

Las diferentes religiones han tratado de darle respuesta: una laguna en la que nadan los muertos; un paraíso de nubes blancas en el que contemplar a Dios; un banquete con los dioses atendido por hermosas valkirias; una rueda de las reencarnaciones que nos permitiría intentarlo una y otra vez para subsanar nuestros errores…

Cualquier respuesta, por extravagante que parezca, ha tenido sus adeptos. El ser humano está dispuesto a aceptar cualquier idea que le asegure que habrá algo después, que su esencia no desaparecerá, que no será engullido por la nada…

Ahora que he muerto, tengo la respuesta, pero es más terrible que la nada absoluta. No hay un paraíso, ni otra oportunidad, ni siquiera un infierno... No hay un más allá. Te quedas aquí mismo, dentro de un cuerpo que se descompone.

NOTA DE LA AUTORA

Hay una escena en la novela de Peter Pan en la que Campanilla le explica que, cada vez que un niño dice no creer en las hadas, una de ellas cae muerta y que, por esa razón, cada vez quedan menos. Ante esa revelación, Peter Pan se dirige a todos los niños lectores y les pide que, si creen, lo demuestren mediante sus aplausos, para así poder salvar la magia del mundo. Me leyeron esa escena con ocho o nueve años y, si no aplaudí como una loca, fue porque estábamos en medio de clase y me habría ganado una fama de friki que no me habría quitado hasta terminar el instituto. Pero juro que tuve ganas de aplaudir, de demostrarle al mundo que yo sí creía en la fantasía.

Os estaréis preguntando por qué os cuento esto. Bueno, yo no soy un hada ni nada que se le parezca (de hecho, soy un poco bruja) pero, como todos los escritores, necesito saber que mis lectores creen en mí, que hay alguien al otro lado que se está dejando llevar por mis historias, que durante un momento una persona, en cualquier parte del mundo, ha dejado de lado su vida cotidiana para sumergirse en los mundos que yo he creado.

No os voy a pedir que aplaudáis, tranquilos. Lo único que pido es un comentario, un eco de respuesta. Podéis dejar vuestro comentario en Amazon o contactarme de cualquiera de estas formas:

En Twitter; https://twitter.com/Idaean

En facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2

En mi blog: http://idaean.wordpress.com/

En mi página web: www.gemmaherrerovirto.es

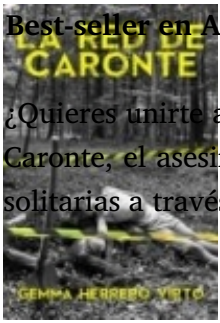
Os dejo también la sinopsis de mis otras novelas terminadas, por si todavía no os habéis aburrido de leerme y queréis acompañarme un rato más. Espero que disfrutéis de la lectura de mis obras al menos una pequeña parte de lo que yo he disfrutado escribiéndolas. Un

abrazo,

Gemma Herrero Virto

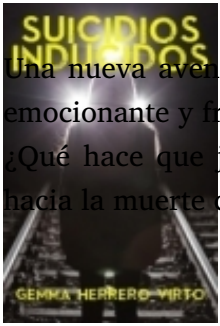
Otras obras publicadas

Novela policíaca



Best-seller en Amazon. Miles de copias vendidas en más de 60 países.

¿Quieres unirte al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



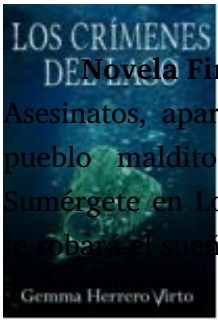
Una nueva aventura de los personajes de La red de Caronte, tan emocionante y frenética como su predecesora.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?

A mediados de 2018 podréis disfrutar de esta nueva aventura de los personajes de La red de Caronte.

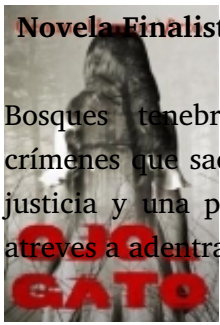
Varias mujeres asesinadas, un extraño ritual, unos crímenes aparentemente perfectos… ¿Qué misterio se esconde en los cadáveres blancos?

Thriller paranormal



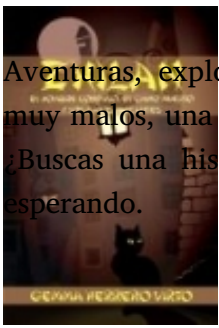
Novela Finalista del Premio Literario Amazon 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



Novela Finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011

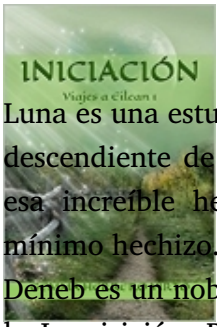
Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía

Trilogía viajes a eilean



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.

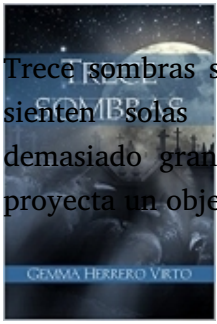
Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

Cuando Luna llegué a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

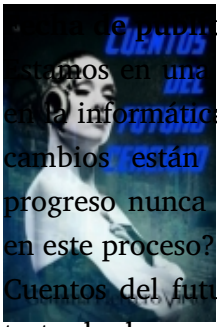
Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

LA LEY DE LO TRIPLE
Viajes a Cilean III
GEMMA HERRERO VIRTO

Relatos



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Ciencia ficción: Finales de 2018

Estamos en una época de grandes avances. Hay una revolución en la informática, en la robótica, en la medicina… ¿Todos estos cambios están llevando a la humanidad a una época de progreso nunca visto o está perdiéndose el propio ser humano en este proceso?

Cuentos del futuro cercano es una recopilación de relatos que trata de dar respuesta a estas cuestiones… o quizá de provocar más preguntas.

Novela postapocalíptica

¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?